

CCI

SOSA

BIOGRAPHICAL

AND DOCUMENTARY

ARRAID

OF THE

UNITED STATES

ARMY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND

NAVY

AND



1020025274



BIOGRAFIA

DEL SR. D. C.

D. Manuel Larrainzar,

ESCRITA

POR EL

SR. D. FRANCISCO SOSA.



MÉXICO

TIP. BARRIEDILLO Y COMP. — MONTEALEGRE 17.

1884

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

15779

920
S

F1225
123
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

D. MANUEL LARRAINZAR.

“Nació en ciudad Real, hoy San Cristóbal las Casas, capital del Estado de Chiapas, el día 26 de Diciembre de 1809. Hijo de una familia distinguida y acomodada, Larráinzar se dedicó á las carrera de las letras, haciendo sus primeros estudios en su ciudad natal y los continuó y terminó en el Colegio de San Ildefonso de México, recibíendose de abogado el 13 de Febrero de 1832, é incorporándose en Mayo del mismo año al Colegio de Abogados. Terminada así de una manera brillante su carrera profesional, regresó á su Estado natal,

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

4
y se consagró con éxito fella al ejercicio de ella y al servicio público en los puestos que vamos á enumerar. El 2 de Febrero de 1834 fué admitido en la Universidad de Chiapas, y el 12 de Mayo fué nombrado Magistrado de la Corte Suprema de Justicia del Estado; en Julio le eligieron representante al Congreso general y tomó una parte activa en los trabajos de aquel cuerpo, hasta su clausura. En seguida regresó á Chiapas, y fué designado otra vez para la magistratura, llegando á ocupar la presidencia de aquella corte; mas tuvo que dejar en breve aquel puesto, porque fué electo nuevamente diputado al Congreso general. Llegó á la capital de la república el 11 de Marzo de 1841; pero á causa de los disturbios políticos, se disolvió el Congreso en Octubre de ese año. Larráinzar fué entonces nombrado promotor en la comision de Hacienda y encargado de representar á Chiapas en el Congreso reunido, conforme á las *Bases de Tacudaya*. Grande fué la actividad y celo de Larráinzar en esa época, y supo conquistar un lugar distinguido entre los oradores de la Cámara, y desmpeñó las más árduas comisiones.

El 2 de Marzo de 1834 fué designado para el Tribunal de Justicia de Chiapas; pero nom-

brado consejero de Estado, en Junio, entró á desempeñar aquel cargo hasta Octubre de 1845 en que fué electo senador.

En Diciembre, Larráinzar fué propuesto por el consejo de Estado para diputado al Congreso extraordinario que, conforme al *Plan* proclamado en San Luis Potosí, debia encargarse de la formacion de un nuevo código constitucional, y el Presidente de la república, aceptando aquella propuesta, le extendió su nombramiento. Una nueva revolucion, la de la *Ciudadela* (4 de Agosto de 1846) proclamó el restablecimiento de la constitucion de 1824 y quedaron sin efecto los trabajos del Congreso. Fué comisionado por el gobierno en Enero de 1847 para escribir una *Historia razonada y justificada de Texas*, y era al mismo tiempo consejero y ministro del Tribunal de Guerra y Marina.

Ocupada la capital de la Nacion por el ejército norte-americano, trasladóse el gobierno á la ciudad de Querétaro, y Larráinzar continuó allí desempeñando sus funciones, y fué nombrado senador por dos Estados, uno de ellos Chiapas.

La Sociedad mexicana de Geografía y Estadística le nombró miembro honorario en Ma-

yo de 1849, y en Julio del mismo le comisionó para escribir la estadística de Chiapas y Tabasco, sin dejar por eso de desempeñar otros cargos de importancia en la misma Sociedad. El colegio de abogados le nombró examinador para el cuatrienio, y en Enero de 1851 la legislatura de Chiapas le eligió otra vez Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. En el mismo año recibió el nombramiento de la Sociedad de mejoras materiales y el del instituto de Africa, mereciendo la honra de que ese cuerpo le eligiese vice-presidente honorario.

En los puestos públicos, en las comisiones científicas, en la tribuna parlamentaria y el consejo de Estado, había ido Larráinzar conquistándose lugar distinguido entre sus compatriotas, así es que al presentarse en 1852 serias dificultades entre nuestro gobierno y el de los Estados Unidos, se le designó, con aprobación del Congreso, para que pasase á aquel país con el carácter de Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario. No se le ocultaron las dificultades que tenía que vencer y los disgustos que tenía que sufrir, sin embargo, el 18 de Abril de aquel año partió á desempeñar tan delicado encargo. En

él permaneció hasta que un cambio político le hizo tornar á México, no sin haber dado pruebas relevantes de su talento y patriotismo.

No nos sería dado, sin traspasar los límites que nos hemos propuesto, dar cuenta pormenorizada de los actos de Larráinzar en su primera misión diplomática, y en las que vamos á decir que desempeñó despues. Así bastará continuar trazando á grandes rasgos la reseña de sus servicios á la patria.

Vuelto á México, fué nombrado por el nuevo gobierno, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de la Corte Pontificia, en la que desde la consumacion de la Independencia solo existía un encargado de negocios. Presentó sus cartas en Roma el 28 de Noviembre de 1853 y dió comienzo á sus tareas. Pero otra revolucion mexicana, la que proclamó el *Plan de Ayutla*, creó un nuevo orden de cosas, y la legacion de Roma fué suprimida. Larráinzar presentó sus cartas de retiro, mereciendo que el cardenal Antonelli le consagrara con ese motivo frases altamente honrosas para el diplomático mexicano. Emprendió en esa época un viaje de instruccion y de recreo, recorriendo la Italia, Sui-

8
za, Alemania, Bélgica, Francia é Inglaterra, hasta el 3 de Mayo de 1857 en que desembarcó en Veracruz.

Retirado entónces de los negocios públicos, se dedicó Larráinzar al cultivo de las ciencias, á que tan apegado había sido siempre y que ni sus tareas políticas le habían hecho abandonar. La situación del país en aquella época no era por cierto conforme á las ideas de Larráinzar, ideas que no nos toca juzgar. Los frecuentes cambios de gobierno hicieron salir de su retraimiento á Larráinzar que fué nombrado (1857) representante de Chiapas para el nombramiento del presidente provisional, y en seguida (24 de Enero de 1858) Ministro de Justicia, Instrucción Pública y negocios eclesiásticos del nuevo gobierno. En Mayo fué nombrado para volver á Roma con el mismo carácter que en aquella corte había tenido ántes; pero las anormales circunstancias porque atravesaba nuestra patria, impidieron que partiese Larráinzar al desempeño de su misión diplomática. Entónces fué nombrado presidente del consejo de Estado. En Diciembre de 1859, en virtud de la nueva ley de administración de Justicia, fué nombrado Magistrado supernumerario del Supremo Tri-

9
bunal, entrando desde luégo á ejercer sus funciones.

Aquel periodo, fecundo en cambios políticos, hacía poco duraderos los puestos públicos; así, en Diciembre del año acabado de citar. Larráinzar fué electo miembro de la asamblea que debia encargarse de establecer una administración provisional, así como de expedir una convocatoria para reconstituir el país, sin perder su carácter de presidente del consejo de Estado y Magistrado del Tribunal Supremo; pero él rehusó tal nombramiento porque sus ideas no estaban conformes con la marcha de aquel gobierno. Este duró poco, el general Miramon subió al poder y Larráinzar fué llamado (14 de Febrero de 1860) por segunda vez al ministerio de justicia, que renunció en Julio, conservando su calidad de presidente del consejo de Estado y de Ministro Diplomático en Roma. En el mismo año desempeñó sus funciones de magistrado y fué despues llamado á desempeñar el cargo de procurador general de la Nación, en el mismo tribunal.

Reocupada la capital de la república por el gobierno constitucional, Larráinzar, personaje notable en el partido conservador, perma-

neció dos años y medio oculto para evitar la persecucion.

Hemos llegado al año de 1863. Séanos permitido, al enumerar los puestos públicos desempeñados por Larrainzar desde la época de la intervencion francesa hasta la caída del imperio, omitir todo comentario. En Julio de ese año fué nombrado miembro de la *Junta de notables*; en el mismo mes, Magistrado supernumerario del Tribunal Supremo; en Abril de 1864, miembro de la Comision Científica, Literaria y Artística; en Setiembre de 1865, académico del Instituto Imperial de ciencias, adscrito á la seccion de Filosofia é Historia; consejero de Estado, honorario; en Noviembre, Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Rusia, Dinamarca y Suecia; y en Diciembre, comendador de la orden de Guadalupe. En Setiembre de 1866 obtuvo la placa de Gran Oficial de la misma orden.

Larráinzar ha hecho gran número de publicaciones. Cuéntanse en ellas varias traducciones del inglés, discursos pronunciados por él y documentos públicos que han visto la luz bajo distintas formas. La enumeracion de esos escritos sería prolija, y por lo mismo nos circunscribimos á dar noticia de los trabajos

más importantes del abogado y diplomático chiapaneco.

Biografía de Fr. Bartolomé de las Casas, 1837.—Noticia histórica sobre el Soconusco y su incorporacion á la República Mexicana.—La cuestion de Tehuantepec, 1852.—Análisis del informe de la comision de negocios extranjeros al senado de los Estados Unidos, sobre los asuntos de Tehuantepec, 1852.—Informe presentado á la Sociedad de Geografía y Estadística sobre la obra del abate Brasseur Bourbourg, intitulada: ¿Existe la fuente de la historia primitiva de México en los monumentos egipcios, y la de la historia primitiva del viejo munda en los monumentos americanos?

Algunas ideas sobre la historia y sobre la manera de escribir la de México, sobre todo, la contemporánea desde la declaracion de la independencia en 1821 hasta nuestros dias.

La obra principal, á nuestro juicio, de Larráinzar, no solo por su extension, sino por su importancia y por la suma de conocimientos que revela, es la que últimamente dió á la estampa con el título de *Estudios sobre la Historia de América, sus ruinas y antigüedades comparadas con lo más notable que se cono-*

ce del otro continente en los tiempos más remotos, y sobre el origen de sus habitantes.

Tres años ó más duró la publicacion de esa obra, en que Larráinzar dió muestras de su laboriosidad y de su no vulgar criterio, en la que invirtió grandes sumas, y que es, á no dudarlo, entre las de su género publicadas en América, una de las más estimables. Quien de las antigüedades americanas se ocupe, habrá de ocurrir á los seis volúmenes que la forman, y no dejará de encontrar lo que desee. Si en México no pasaran inapercibidos para la gran mayoría de la sociedad los escritos serios y de verdadera importancia, la publicacion de los *Estudios* de Larráinzar, no sólo no le habría importado al autor el sacrificio de gruesas sumas, sino que le habría dejado pingües utilidades. Desgraciadamente, mientras que se agotan las ediciones de libros banales que del extranjero se importan, y mientras que con avidez se solicitan aquellas publicaciones en que se prodigan dictérios para herir á los que se han sabido conquistar, á fuerza de honradez, de laboriosidad y de inteligencia, un puesto honroso entre los literatos ó entre los políticos, se abandona á los que pretenden obras que honran á cualquier país.

Larráinzar vive retirado de la política desde que las opiniones que profesa no imperan. No es del número de aquellos que en toda época y á la sombra de todos quieren medrar, lo cual le eleva mucho en el concepto de los hombres honrados de todos los partidos.

En la obra intitulada *Extrait de l'Histoire générale de la partie qui comprend les hommes d'Etat, existants ou morts dans le siècle*, comenzada á publicar en 1867 por una sociedad de escritores de diversas naciones, se encuentran unos apuntamientos biográficos del diplomático y escritor de quien nos ocupamos.

Para terminar, diremos que Larráinzar mereció en 1883, la honra de ser nombrado presidente honorario de la Sociedad Universal, para el fomento de las artes y de la industria, establecida en Lóndres.

El 11 de Setiembre de 1884 murió en esta capital, con todos los auxilios de Nuestra Santa Religion.

FIN.

FRANCISCO SOSA

RECTIFICACIONES

AL LIBRO

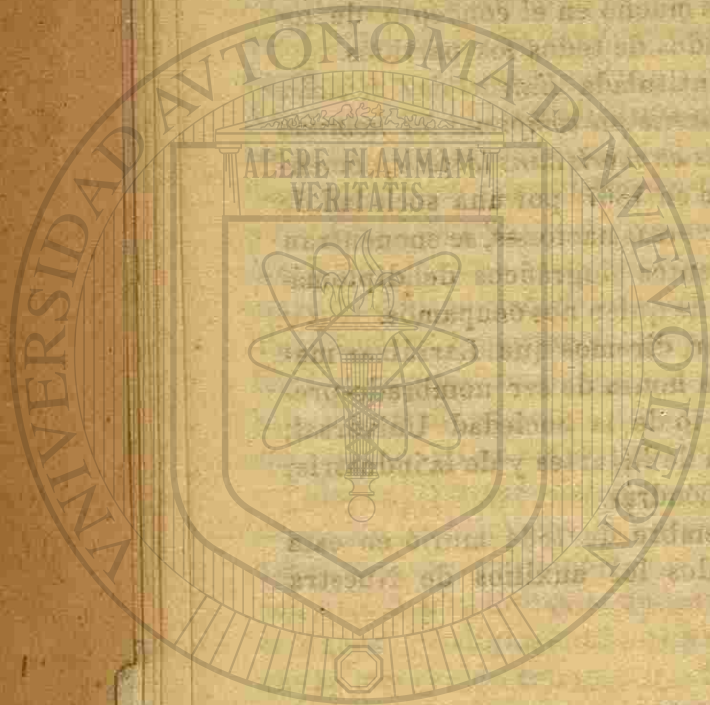
“NUESTRA AMÉRICA”

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

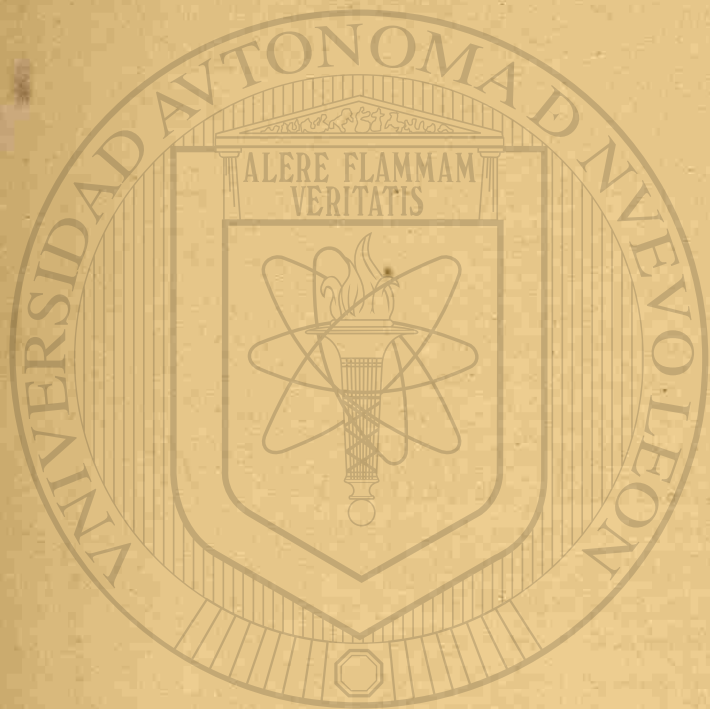
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

1903



923
S.



I.

Hace ya algunos meses apareció en las vitri-
nas de las librerías de la Capital un libro nuevo
intitulado *Nuestra América*, escrito en Buenos
Aires por Don Carlos Octavio Bunge, é impre-
so en Barcelona por los editores Henrich y Ca.

El nombre del autor no me era desconocido,
por cuanto que en acreditadas revistas euro-
peas había yo leído algunos extractos de obras
debidas al mismo escritor argentino, á quien, de
paso sea dicho, se le calificaba de metafísico; pe-
ro se le reconocían estimables dotes de pensa-
dor y de sociólogo. Y como la flamante produc-
ción venía precedida de un prólogo del docto
profesor de la Universidad de Oviedo, Don Ra-
fael Altamira, apresuréme á adquirir el libro,
y me dediqué á su lectura. A medida que en
ella avanzaba, fuí encontrando que el señor
Bunge es acreedor, por muy justos títulos, á
que sus producciones sean no simplemente leí-

das sino atentamente estudiadas y discutidas, toda vez que las informa el nobilísimo propósito de señalar las lacerias de las sociedades hispano americanas para procurar el mejoramiento de esta gran fracción del Nuevo Mundo. Pero, lo repito, al señor Bunge no debe leerse nada más, sino discutírsele.

Son sus afirmaciones tan enfáticas, tan rudos sus procedimientos al pretender curar las cancerosas llagas que encuentra por donde quiera en *nuestra* América; tan grandes sus prejuicios, á causa tal vez de lo deficiente de sus informaciones respecto á pueblos que no conoce lo bastante para hablar de ellos sin incurrir en lamentables errores, que sería necesario escribir otro libro tanto ó más extenso que el suyo, para atenuar siquiera, — no digo desvanecer, — el efecto que ese libro producirá acaso en los que tomen por verdades absolutas las máculas que él atribuye á las Repúblicas del Centro y Sur de América.

Tentadora es en verdad la tarea. ¿Cómo nó si en el corazón de cada uno de los hijos de estos pueblos arde vivísimo el fuego del amor patrio, y nadie quiere que á sus propios defectos se añadan los que tiene la conciencia de no abrigar en su seno? ¿Cómo nó, si al leer el libro del señor Bunge salta á la vista que en el cuadro

por él trazado se forma un todo de partes disímolas, atribuyendo á razas diversas una misma idiosineracia, y se coloca en un mismo nivel á pueblos que no han caminado impulsados por un mismo espíritu ni acariciado los propios ideales?

El señor Bunge, invirtiendo el procedimiento de los grandes artistas que para realizar la belleza en una figura humana, toman de diversos cuerpos aquellas formas que encuentran más perfectas y las armonizan; por que valiéndose de un solo modelo no lograrían que su obra fuese celebrada como una maravilla de encanto y de hermosura, el señor Bunge, digo, ha reunido á sus propias observaciones respecto á los pueblos que conoce, las que le ministraron libros ó informes no del todo desapasionados, y de los defectos de aquí y de allí ha formado una América hispana perezosa, arrogante, servil (por más que los términos no puedan ser más antitéticos), degenerada, envilecida casi, y sobre todo necesitada de lo que él llama *europización*.

Eso, abrazando en conjunto la obra; pues respecto á los detalles relativos á otros pueblos, confesamos que no poseemos los conocimientos necesarios para oponer reparos á todo lo que el señor Bunge afirma, ni nos compete rectificar sino lo que á nuestra patria atañe.

Seguramente habrá quienes se encarguen en las demás Repúblicas flageladas, de rectificar los conceptos que á ellas conciernen. Ya el prologuista de *Nuestra América* lo insinúa, y con suma cortesía le contradice, declarando con lealtad que *cosas hay en que los hispano-americanos son más europeos que los españoles*, y haciendo ver que es ciertamente "muy difícil que un extranjero pueda ser juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva, si no ha vivido largo tiempo en el país á que esa psicología se refiere, y con un género de vida que le haya permitido intimar con el alma nacional.

En su patria misma ha de tener contradictores, por más que de los latigazos que propina no toque á ella la mayor parte; pues hay que observar, antes de entrar de lleno en la cuestión, que el señor Bunge se abstuvo prudentemente de presentar como tipo de mandatario al uso hispano-americano al de su país hoy, en tanto que consagra largas páginas al que él llama Porfirio I, cacique de México.

II.

No es, en verdad, tarea de fácil ejecución la que se endereza á rectificar las ideas del señor Bunge respecto á los mexicanos y á su Pri-

mer Magistrado. Porque si bien en el capítulo final de *Nuestra América* hay no pocos errores que saltan á la vista del crítico menos avezado, en las páginas todas del libro se encuentran también, diseminadas aquí y allí, acusaciones injustas y mal informados conceptos que merecen detenida imgnación; pero, no es nuestro propósito, lo repetimos, oponer un libro á otro, sino hacer observaciones breves acerca de lo más saliente. Demás de esto, el autor, desde la introducción de su obra, previendo las discusiones que había de provocar, confiesa que mucho ha vacilado antes de publicar su estudio, porque "*hay en él, dice, teorías y análisis cuya exageración descriptiva reconoce.*" A nuestra vez vacilamos antes de apuntar los que creemos errores del señor Bunge, porque á nuestras observaciones podría él contestar que ya las había previsto, que no hay razón para fijarse en teorías y análisis exageradas, sino en el espíritu generoso que si á tales exageraciones conduce, en cambio procura el mejoramiento de los pueblos cuyos son los defectos que señala. Pero esto no basta á sellar nuestros labios y dejar ociosa nuestra pluma. Porque escuchar con desdeñosa indiferencia cuanto sin razón ni justicia se dice con menoscabo del buen nombre de la patria, es así como exponer á ésta á que se tomen por

verdades incontrovertibles los más denigrantes juicios hoy, las más calumniosas imputaciones mañana.

Si el señor Bunge no se hubiese limitado á vacilar en presencia de sus exageraciones, sino que hubiera aplazado la publicación de su libro hasta rectificar por sí mismo y comprobar cuanto en la fiebre de su concepción dejó estampado, ¡cuánto habría ganado! Lo recto de la intención no justifica lo virulento de los ataques, y, por lo mismo, hay que recordarle al publicista argentino la repetida frase: *Pega, pero escucha.*

III.

Cree el Sr. Bunge, por datos antropológicos, geográficos, históricos y sociológicos, que no cuida de apuntar, que la América en tiempos prehistóricos se pobló de inmigraciones asiáticas. Antes que él, nuestro compatriota Orozco y Berra, que consagró la segunda parte de su obra monumental sobre la Historia antigua de México al estudio del hombre prehistórico, se creyó autorizado para asentar estas dos conclusiones:

1a. Antes del descubrimiento de Cristóbal Colón. América ha tenido relaciones con el antiguo Mundo.

2a. Los pueblos americanos tuvieron su civilización propia, con todos los caracteres de la originalidad, en la cual vinieron á injertarse las ideas de las civilizaciones asiáticas, por el Occidente, y más tarde las de la Europa por el Oriente.

El escritor argentino afirma, que si no se ha probado la hipótesis que patrocina, es porque no se han hecho estudios bastante profundos en filología. Permítanos que le hagamos observar que, respecto á México, no tiene fundamento su aseveración. Don Francisco Pimentel, mexicano, publicó hace más de 20 años un extensísimo tratado sobre las lenguas indígenas del país, que mereció ser laureado por el Instituto de Francia; y en esa obra, fruto de pacientísimos estudios, en un todo basados en la filología moderna, quedó demostrado, no empírica sino científicamente, que ninguno de los numerosos idiomas y dialectos indígenas revela el pretendido origen asiático de las razas que han poblado el territorio mexicano.

Que existieron relaciones entre Asia y lo que es hoy República mexicana, no es discutible; pero entre ser ese el origen de nuestra raza y el haber habido inmigraciones, media gran distancia.

No es nuestro ánimo extendernos al presen-

tar esta objeción; queremos únicamente indicar al señor Bunge que, a lo menos, en lo que respecta á México, no son fundadas sus observaciones, y, queremos, sin vanidad ni jactancia, llamar su atención hacia los estudios que en nuestro país se han publicado con relación al hombre prehistórico.

IV.

Tampoco tienen aplicación á México las lubricaciones del señor Bunge sobre la influencia que en la raza han ejercido los africanos. Los indios no han revelado nunca que exista sangre africana en sus venas. Si después de la conquista vinieron al país negros, no fué en cantidad tal que hubiesen podido mezclarse con los indígenas hasta producir un tipo que pueda ser tomado en consideración. Y ha sido un bien, en verdad. Porque del cruzamiento de negro é india se obtiene un producto abominable.

Abolida la esclavitud á raíz de la proclamación de la independencia, cesó la importación del ébano y hoy no se puede tomar en cuenta la cifra que la estadística proporciona respecto á la raza negra en México. Para terminar esta rápida observación, diremos al señor Bunge que en

la historia de México no encontrará si la estudia atentamente, ya no decimos negros, ni aun mulatos, que en la política, en las ciencias y en las artes hayan marcado su presencia.

V.

Asienta el señor Bunge que en nuestra América,—es decir en la hispana,—debe la *pereza criolla* presentar por su *universalidad* múltiples fases y que entre éstas, una de las más curiosas es la mentira. “Dos elementos la constituyen, dice, la exageración tartarinesca, imaginativa, propia de las molleras caldeadas por el sol del Mediodía, y el *poco más ó poco menos*, el *à-peu-près* de los pueblos decadentes, que no fijan sus ideas. De la aliación de estos dos factores psicológicos emerge la mentira criolla, desnuda como Venus de las ondas.”

En México no se usa, no se acostumbra, no se conoce, podríamos decir, la mentira tartarinesca. Es más, con marcada indolencia indígenas y eriollos ven lo que en otros pueblos se atiende con especial interés. México no paga publicaciones que se encarguen de presentarle al mundo como la tierra de promisión, mintiendo si es necesario, para que se le crea en el pináculo de la

grandeza y del poderío. Sus sabios han sido modestos hasta la humildad, sus caudillos no han ponderado sus proezas, sus potentados no han dilapidado sus fortunas porque se les crea más ricos que un Nabab. Y los que hayan leído el libro que nos ocupa, habrán notado que el autor patentiza lo deficiente de sus conocimientos respecto á todas y cada una de las naciones á que alude, pues en apoyo de su tesis sobre la mentira criolla, la mentira tartarinesca, estampa estas palabras: "La mentira europea es la del Infinito *positivo* del Ser, la Acción; la criolla la del Infinito *negativo*, el No-Ser, la Inacción de Huascar y de GUATIMOTZIN, descendientes directos de los Indomalayos,—la Contemplación de los fakires para remontarse á Dios!"

¿Inacción de Cuauhtemoc? Se necesita no haber hojeado siquiera la historia de México para presentar al más ardido, al más heroico, al más ilustre de los defensores del imperio azteca en los aciagos días de la Conquista española, como inactivo. No ya los historiadores mexicanos, Prescott mismo que, como en otro lugar hemos dicho años há, por la fascinación que ejercen sobre el espíritu las proezas de un hombre extraordinario como lo fué sin duda el conquistador de México, cambió la pluma de Tácito por

la lira de Homero, Prescott, decimos, al hablar de Cuauhtemoc, se expresa así:

"No one can refuse his admiration to the intrepid spirit which could prolong a defense of his city while one stone was left upon another; and our sympathies, for the time, are inevitably thrown more into the scale of the rude chieftain, thus battling for his country's freedom, than into that of his civilized and successful antagonist."

Y el mismo Prescott, al referir el suplicio de Cuauhtemoc cuando se le sujetó al tormento para que declarara en dónde estaban los tesoros de Moctezuma, estampa estas notables palabras:

"Al fin Cortés, avergonzado del papel que le habían hecho representar, libró al príncipe azteca de las manos de sus verdugos, antes de que fuese demasiado tarde, *que ya lo era para que su propio honor no sufriese una mancha indeleble, por este trato á su real prisionero.*"

La energía inaudita con que Cuauhtemoc supo acumular elementos para oponer un valladar al conquistador, su indomable constancia en la defensa de la metrópoli de su imperio, sus legendarias hazañas, todo, todo en él es grande hasta la sublimidad, y por eso no sólo escritores y poetas han alzado un himno á su grandeza, sino que la raza blanca, le ha erigido un monumento que

es, sin disputa, una de las joyas artísticas que embellecen á la ciudad de México.

Desgraciado anduvo pues el señor Bunge al citar al último emperador azteca, sin conocer su historia.

VI.

La arrogancia criolla! Hé aquí uno de los defectos que sin excepción alguna atribuye á los pueblos hispano americanos el señor Bunge, y que le ha inspirado las más vehementes, las más incisivas, las más acres de sus censuras. ¡Con cuánta razón su prologuista el Sr. Altamira observó,— como lo hicimos constar al principio,— que es muy difícil que un extranjero pueda ser juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva, si no ha vivido largo tiempo en el país á que esa psicología se refiere, y con un género de vida que le haya permitido intimar con el alma nacional!

Rechacemos, pues, la tremenda acusación que sin conocernos nos lanza el autor de *Nuestra América*, ya que debemos considerarnos comprendidos en sus juicios, puesto que en su afán de abultar defectos de raza, no evitó que sus generalizaciones resultarán erróneas, al compro-

barlas cada uno de los pueblos en ellas comprendidos.

Ocioso sería defender á la raza indígena del cargo de arrogante. No lo fué nunca, ni en sus épocas de poderío; no supo ó no pudo serlo al imponérsele el yugo de la conquista. . . . después su degeneración, su apocamiento ha ido en creciente. Hablemos entonces de la raza criolla, ya que así continúa llamándola el señor Bunge, y digamos, de paso, que no excluimos á los indígenas que por su cultura se han separado de su raza y figurado al par que los que nosotros creemos genuinamente mexicanos, es decir, de los que llevan en proporciones más ó menos apreciables, sangre europea y sangre indígena.

Para el señor Bunge, consiste esencialmente la arrogancia “en atribuirse una superioridad indeleble, ó mejor dicho *innata*; es decir, una superioridad intuitiva, infusa, inspirada, obtenida por obra y gracia del Espíritu Santo, sin esfuerzo, sin trabajo. Es el arma de los ricos holgazanes, de los degenerados de razas conquistadoras, de los aristócratas. Es el boato que prestigia la psicología de los que, sin valer por sus propios méritos, válense de los ajenos: de la gloria de sus antepasados, de la riqueza de sus padres. Es el *orgullo de la pereza*.”

es, sin disputa, una de las joyas artísticas que embellecen á la ciudad de México.

Desgraciado anduvo pues el señor Bunge al citar al último emperador azteca, sin conocer su historia.

VI.

La arrogancia criolla! Hé aquí uno de los defectos que sin excepción alguna atribuye á los pueblos hispano americanos el señor Bunge, y que le ha inspirado las más vehementes, las más incisivas, las más acres de sus censuras. ¡Con cuánta razón su prologuista el Sr. Altamira observó,— como lo hicimos constar al principio,— que es muy difícil que un extranjero pueda ser juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva, si no ha vivido largo tiempo en el país á que esa psicología se refiere, y con un género de vida que le haya permitido intimar con el alma nacional!

Rechacemos, pues, la tremenda acusación que sin conocernos nos lanza el autor de *Nuestra América*, ya que debemos considerarnos comprendidos en sus juicios, puesto que en su afán de abultar defectos de raza, no evitó que sus generalizaciones resultarán erróneas, al compro-

barlas cada uno de los pueblos en ellas comprendidos.

Ocioso sería defender á la raza indígena del cargo de arrogante. No lo fué nunca, ni en sus épocas de poderío; no supo ó no pudo serlo al imponérsele el yugo de la conquista. . . . después su degeneración, su apocamiento ha ido en creciente. Hablemos entonces de la raza criolla, ya que así continúa llamándola el señor Bunge, y digamos, de paso, que no excluimos á los indígenas que por su cultura se han separado de su raza y figurado al par que los que nosotros creemos genuinamente mexicanos, es decir, de los que llevan en proporciones más ó menos apreciables, sangre europea y sangre indígena.

Para el señor Bunge, consiste esencialmente la arrogancia “en atribuirse una superioridad indeleble, ó mejor dicho *innata*; es decir, una superioridad intuitiva, infusa, inspirada, obtenida por obra y gracia del Espíritu Santo, sin esfuerzo, sin trabajo. Es el arma de los ricos holgazanes, de los degenerados de razas conquistadoras, de los aristócratas. Es el boato que prestigia la psicología de los que, sin valer por sus propios méritos, válense de los ajenos: de la gloria de sus antepasados, de la riqueza de sus padres. Es el *orgullo de la pereza*.”

Si al tomar la pluma para hacer algunas rectificaciones al libro del señor Bunge, hubiésemos pensado únicamente en los lectores mexicanos, al llegar á este pasaje del escritor argentino, nos habríamos limitado á copiarlo, sin observación alguna, para solaz tan sólo de los aludidos. Porque tan aplicables son á los mexicanos los rasgos que, sin excepción alguna, atribuye á todos los criollos de la América hispana, como podrían ser adaptables á nuestro país las leyes del Congo.

¿Arrogantes los mexicanos tal como los pinta el señor Bunge?

Ni los publicistas, ni los sabios, ni los gobernantes, ni los militares, ni los grandes propietarios, ni los banqueros, ni los oradores, ni gremio alguno de los que algo valen y significan en nuestra patria, han merecido el nombre de arrogantes.

Lea el señor Bunge á los historiadores de nuestras grandes guerras, y verá con cuánta parsimonia elogian las más brillantes acciones; conozca los cantos de nuestros poetas, y verá cómo no se creen Homeros ni Tirteos y cómo no llaman semidioses á los que nos dieron una patria libre; estudie nuestros anales diplomáticos y verá con cuánta moderación, con cuán discreta dignidad ha procurado reivindicar los dere-

chos de México su cancillería; lea los partes de los generales después de la batalla del 5 de Mayo, del asalto de Puebla, de la toma de Querétaro; las proclamas de Juárez, su lema universalmente conocido y loado: "El respeto al derecho ajeno es la paz"; venga el señor Bunge á México y solicite una audiencia del Presidente de la República ó vealo siquiera en reuniones de sociedad y en actos oficiales; venga y frecuente nuestros Casinos y nuestras fiestas y verá cuán democrática es nuestra sociedad, cuán ajenos al orgullo y á la arrogancia los que en primer término figuran por su riqueza, ó que por sus merecimientos son estimados.

No, en México no encontrará el señor Bunge, podemos decirlo sin temor de que nos contradiga ninguno que nos conozca, ese orgullo, esa necia vanidad ó presunción, esa creencia en una superioridad intuitiva, infusa. Por el contrario, en México se exagera la superioridad de lo ajeno, de lo que otros pueblos poseen, de lo que los demás, sean de donde fueren, valen.

A diario se habla y se escribe que estamos muy lejos todavía de poder llamarnos dignos hijos de la civilización moderna; á diario confesamos que no somos originales, que todo lo imitamos y copiamos y que aún nos falta mucho por imitar y copiar.

No encontrará en los periódicos mexicanos el señor Bunge frases enderezadas á hacer creer que para nosotros nada valen ni significan las Repúblicas de menores recursos que la nuestra, ni comparaciones odiosas, ni mal encubierta satisfacción al ver cómo continúan desangrándose, empobreciendo, los pueblos que, como el nuestro hace treinta años, viven entregados á los horrores de la guerra civil.

Cuando surgieron dificultades internacionales hace algunos años entre México y Guatemala, el Gobierno procuró ponerles término sin amenazas de guerra, sin arrogantes alardes de superioridad, y el pueblo entero y la prensa, en vez de fomentar odios y rencores, secundó con su discreta conducta la noble, la pacífica política del General Díaz.

Las cordiales relaciones que existen entre México y las naciones extranjeras limítrofes, se habrían turbado más de una vez si arrogante y altiva la República mexicana hubiese dado de mano á la prudencia y á la moderación, y se hubiese creído llamada á preponderar y á sobreponerse.

Pueblo alguno es más opuesto á imponer su hegemonía, que el pueblo mexicano. Entregado á la labor incruenta de su progreso y respetando á los fuertes como á los débiles, no acaricia

las ambiciones desapoderadas que constituyen lo que ha dado en llamarse el imperialismo.

Todo lo que tan someramente acabamos de apuntar, porque la índole de nuestro escrito no consiente otra cosa, sin gran esfuerzo podría el señor Bunge comprobarlo estudiando nuestros documentos públicos; pero con mayor facilidad todavía, si ocurre á la Legación de México en Buenos Aires, que de buen grado le proporcionará cuantas informaciones solicite. Y si no cree suficientemente imparcial esta fuente que nos permitimos insinuarle, lea las actas de las sesiones del segundo Congreso Pan Americano que aquí se reunió no hace mucho tiempo, y, sobre todo, interrogue á los ilustrados representantes de las Repúblicas de Sud América que figuraron en esa Asamblea y que durante algunos meses residieron entre nosotros, visitaron nuestras principales ciudades y trataron á gran número de mexicanos. Ciertos estamos de que ninguno de esos delegados dirá al señor Bunge que la arrogancia nos caracteriza y que por la estimación y el respeto de los demás á quienes estimamos y respetamos. No pedimos elogios ni nos creemos dignos de admiración, nos basta reclamar que se nos haga justicia, que no se nos atribuyan más defectos de los que tenemos y de los cuales somos los primeros en doler-

nos. Por eso rechazamos las aseveraciones del señor Bunge respecto á que nos deje comprendidos en sus ataques á la arrogancia criolla.

Por excepción podría encontrar el señor Bunge una que otra personalidad mexicana, á la cual puede con razón motejarse de arrogante á la manera que él comprende ese defecto. Pero sepa, que, aquí mismo, los que en tal extravío incurren, son objeto de burlas y de sátiras por parte de la mayoría de la sociedad. *Suficientistas* son llamados en México, y zaheridos con tal epíteto, los que el señor Bunge designa como arrogantes. Y en vez de encontrar prosélitos, en lugar de formar escuela, bien lejos de poder contaminar los *suficientistas*, atraen sobre sí el ridículo, que es el más atroz y matador de los castigos. En México no logra imponerse sino el verdadero mérito y ésto cuando el que lo posee es modesto y no hiere con su altivez la dignidad de nadie. Pueden ciertas conveniencias hacer que en determinados círculos se halague la vanidad de los favorecidos del poder y de la fortuna; pero la inmensa mayoría de la sociedad tiene la discreción bastante para ejercer la justicia distributiva, dando á cada uno lo que merece por sus obras.

VII.

Largamente diserta el señor Bunge sobre la pereza criolla, pintando á los hispano-americanos todos, hundidos por múltiples causas en la indolencia más entristecedora, é incapacitados por ende para aspirar á altos destinos en la vida moderna, ya sea en la política, ya en las ciencias, las letras y las artes, inútiles para el trabajo y consiguientemente del todo inhábiles para conquistar la riqueza y el poderío. Todo esto, para llegar así á lo que cree el supremo desideratum, á que debemos *européizarnos*.

Oigámosle. Es este un trozo lírico, bello y hermoso.

“No hallo, pues, sino un remedio, un solo remedio contra nuestras calamidades: *EUROPEIZARNOS*. ¿Cómo? *Por el trabajo*. Trabajar la tierra, la usina, la escuela, la imprenta, la opinión, el arte; desgranar el trigo, despojar de su cándido vellón la oveja, sangrar la vena de carbón y de oro; mover usinas, provocar el estímulo de las letras, los descubrimientos de las ciencias, modelar la piedra, colorear el cuadro.... Nunca nos será dado el cambiar nuestras sangres, ni nuestra historia, ni nuestros climas, pero sí podemos européizar nuestras ideas, sentimien-

tos y pasiones. No contentarnos con tomar las formas de la cultura europea como tomaron los escolásticos las de la cultura grecolatina, sino penetrarnos en su espíritu, que luego, ya adquiriremos nuestro propio espíritu, como lo adquirieron—¡después de cuántos esfuerzos!—esos escolásticos laboriosísimos que engendraron en los flancos de Europa el Renacimiento. . . . Engendremos también nosotros la Reacción en los fecundos flancos de América. . . . *Europeicémoslos por el trabajo.* Y no me digáis que europeizándonos violentamos nuestro carácter, y que así, por falta de sinceridad, nada eficiente producirémos. . . . ¡La indolencia no da, quita carácter.”

“Si el carácter de los hispano americanos no es tener carácter! Inventémosle, improvisémosle, imitemos, forjemos, remachemos; si entonces aún no pudiéramos crearlo del vacío, ¡vive Dios! robémoselo á quienes lo tengan, como arrancaron los romanos sus hembras á los sabinos! ¡Sorprendamos á la Historia, tendámosla sobre la grupa de nuestros corceles, hincemos nuestros dedos como garras en sus senos de virgen, y bebiéndole la vida por los desmayados labios, adelante! ¡Ensangrentemos los hijares del hipógrifo, clavémosle la espuela hasta la entraña, que en la noche de lo Desconocido, ham-

brienta jauría de siglos nos persigue! ¡Adelante! El Tiempo no espera. . . . ¡Adelante!”

Como se ve por el largo pasaje que acabamos de transcribir, el señor Bunge, arrebatado por el estro, declama más que razona; más parece tribuno que sabio disertante; se dirige á la imaginación para impresionarla, para sugestionarla, y en vez de las profundas observaciones del sociólogo, que enseñan á los hombres todos cualquiera que sea su edad, parece que con su larga tirada lírica provoca el aplauso de la juventud soñadora.

Pero aparte de esta observación, es indispensable hacer notar que, en lo que á México atañe, los ardorosos anhelos del señor Bunge salen sobrando.

Pudo en otros días,—treinta años há cuando menos,—parecernos que el escritor argentino ponía el dedo en la llaga, y nos daba consejos que debíamos apresurarnos á seguir; pero hoy por hoy, el espíritu de los mexicanos es otro. Precisamente se viene operando en México la Reacción que aún espera el señor Bunge; precisamente la raza criolla, á pesar de los estorbos que la indígena opone, da inequívocas muestras de que al trabajo y sólo al trabajo fía el logro de sus nobles aspiraciones. Ya no es la indolencia la característica de nuestro país. Conquistado

el bien supremo de la paz, por donde quiera se nota que van desapareciendo los antiguos hábitos, que se trabaja, que hay emulación saludable, que el espíritu de empresa se hace sentir de un extremo á otro de la República; en una palabra, que Méjico trabaja, que México no es rutinario, que México, dentro de la esfera de sus recursos y ayudado por su crédito en el exterior, procura con generoso empeño hacerse digno de figurar en el concierto de las naciones trabajadoras y civilizadas.

Incontables documentos oficiales, numerosas publicaciones particulares, informes de los agentes consulares y de notas diplomáticas que con frecuencia publican los diarios europeos y americanos, demostrarán al señor Bunge que no por sufficientistas ó arrogantes, le hacemos notar que no debe comprendernos en sus censuras; que antes de haberlas escuchado, ya habíamos optado por la única senda que puede conducirnos á la realización de nuestras esperanzas. Claro es que tenemos todavía que conquistar mucho de lo que para honra y lustre de nuestra patria, y para nuestro bien personal ambicionamos, pues no se logran tan altos fines en un día; pero perseveramos en el trabajo y acaso no muy tarde lograremos ver encauzadas para siempre las corrientes que ahora en-

cuentran algunos obstáculos. Tal es la transformación que en la pereza criolla se ha operado en el último tercio del siglo décimo nono y en los breves años corridos del duodécimo, en esta porción de Nuestra América.

VIII.

Antes de pasar adelante, creemos oportuno hacer que el lector conozca, no nuestra opinión particular respecto á la *europización* que tan ardorosamente predica el señor Bunge, sino la opinión del prologuista del libro que nos ocupa. Que comulgamos con las ideas del señor Altamira, hasta ocioso nos parece confesarlo, pues si así no fuese no fiaríamos á él la defensa de nuestros principios. Que hable, pues, el sabio profesor:

“Pero hay una cosa en los entusiasmos con que el señor Bunge traza el reverso de su pintura americana, al señalar el camino, mejor dicho, la orientación de la reforma, en que yo quisiera que la fácil exaltación de aquél pueblo, — que en esto es como el mío, — no se extravíase. Ellos y nosotros necesitamos *europizarnos*, sí; pero no nos engañemos respecto de lo que es Eu-

ropa, de lo que es el mundo civilizado. No lo tomemos en bloque, sin elección, porque corremos peligro de añadir á nuestros vicios otros que no tenemos. La crueldad no es europea, — cree el Sr. Bunge. Sí; por desgracia es tan europea como americana; es *humana* todavía. Díganlo los horrores de la intervención en China; los de la colonización francesa; los de las guerras de los ingleses en Africa; los de las tropas yankees en Filipinas; los de Rusia. . . . Esa crueldad, que representa el rezago de la barbarie, no es accidental en las naciones que se llaman civilizadas; va ligada á lo más hondo de su constitución presente y de su acción en el mundo; condiciona é inspira la conducta de las clases directoras y su política internacional, es decir, su concepto de los demás hombres y los sentimientos que hacia ellos tienen; y los que hoy son, en muchos respectos, de ella se deriva, de modo que renunciando á ella se vendría abajo lo más de la grandeza que asusta á los débiles.

“Ya sé yo que á muchos parece natural y necesaria esa brutalidad de la ley del más fuerte. A mí no; porque, aun dado que la crueldad sea uno de los elementos irreductibles de la psicología humana, á veces sofocado por capas exteriores de cultura, pero siempre vivo en el fondo, me basta que pueda tenerse así ahogado; me

basta el ejemplo de la victoria sobre él, que muchos individuos alcanzan, para no creerlo fatal ni indispensable, porque lo indispensable y fatal en la vida no es vencible.

“Y por creerlo, no sólo posible de vencer, sino perjudicial, inhumano, rémora de la civilización y opuesto á la ley del amor, digo á los que toman por modelo esos pueblos y lo señalan como tal á las muchedumbres:—¡Tened cuidado! ¡Tened cuidado! El ejemplo es muy elocuente, y cuando lo da quien es tenido por perfecto ó, á lo menos, por muy superior, se hace irresistible. El tipo europeo de vida tiene cosas buenas, cosas admirables; tomadlas, pero cerniéndolas bien para que se separen de las malas, para que en el contacto con todo no perdáis las que á vosotros os quedan, las consubstanciales. No olvidéis que por ser tan complejo y mezclado el espíritu de los hombres, hay que distinguir siempre en él y que atenerse al consabido proceder del filósofo: Tomo la verdad donde la encuentro, sin preguntar de dónde viene, pero nada más que la verdad. Y para ello, lo primero que hace falta es discreción con que separar lo verdadero de lo falso, el oro de lo que simplemente reluce. Con esas precauciones por delante, bebed en la copiosa fuente de la civilización moderna; imitad á los que subieron más pelda-

ños en la escala quebradiza de la educación humana; no creáis demasiado en fatalidades antropológicas y sellos imborrables de raza; atrevedos á todo lo que otros hayan conseguido... y "sed vosotros mismos siempre," no á la manera del egoísta Peex Gyns sino con el profundo sentido de Brand.

"Y decididos á ello, trabajad. Desconfiad de tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no sea vosotros mismos os costará caro. "Sólo es digno de la libertad y de la vida el que cada día sabe conquistarlas," ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante esfuerzo, sino que jamás llegará á obtenerlas. La vida prestada no es vida; y aun en lo que tiene apariencia de vivir, su precio es la libertad."

Como se vé, el prologuista del señor Bunge, europeo como es, fué el primero en sujetar á peso y medida los consejos del autor á los hispano-americanos para que á toda costa se *européiricen*. A tan discretas observaciones nada tenemos que añadir si no es nuestro aplauso.

IX.

Sesenta páginas de su libro consagra el publicista argentino á la exposición y acerva crí-

tica de la política hispano americana. Como en las anteriores, y aún más acentuadamente, México es víctima de los latigazos,—como el señor Altamira los llama,— del implacable censor de cuanto en la América hispana ha acontecido y acontece, y son por tal manera exageradas sus imputaciones, tan despectivos sus conceptos, tan faltas de comprobación sus imputaciones rotundas en lo que á nuestra patria y á sus hombres de Estado toca, que si á todas y cada una de las ideas del señor Bunge dedicáramos especial refutación, resultaría más extenso que su obra este trabajo nuestro. Porque,—nos cansaremos de repetirlo,—radica el principal error del señor Bunge, en no establecer distinción alguna entre las diversas nacionalidades que forman el todo de eso que él llamó Nuestra América. Por eso el cuadro está ennegrecido hasta producir repugnancia y horror, por eso quien tome á lo serio el monstruo creado por la imaginación ardentísima del señor Bunge, nos creará hundidos en la degradación y el envilecimiento. Unidos en haz compacto los defectos que aquí y allí se encuentran diseminados, los crímenes del pasado y las miserias del presente; abultadas por la pasión de los escritores que, por distintas causas, anhelan presentar las cosas tales como se las imaginan, induce el libro que nos ocupa á des-

ños en la escala quebradiza de la educación humana; no creáis demasiado en fatalidades antropológicas y sellos imborrables de raza; atreveos á todo lo que otros hayan conseguido... y "sed vosotros mismos siempre," no á la manera del egoísta Peex Gyns sino con el profundo sentido de Brand.

"Y decididos á ello, trabajad. Desconfiad de tutelas extrañas, de las protecciones y máscaras filantrópicas. Todo redentor que no sea vosotros mismos os costará caro. "Sólo es digno de la libertad y de la vida el que cada día sabe conquistarlas," ha dicho el poeta. No es lo peor que no sea digno de ellas quien no las conquista por su propio y constante esfuerzo, sino que jamás llegará á obtenerlas. La vida prestada no es vida; y aun en lo que tiene apariencia de vivir, su precio es la libertad."

Como se vé, el prologuista del señor Bunge, europeo como es, fué el primero en sujetar á peso y medida los consejos del autor á los hispano-americanos para que á toda costa se *européiricen*. A tan discretas observaciones nada tenemos que añadir si no es nuestro aplauso.

IX.

Sesenta páginas de su libro consagra el publicista argentino á la exposición y acerva crí-

tica de la política hispano americana. Como en las anteriores, y aún más acentuadamente, México es víctima de los latigazos,—como el señor Altamira los llama,— del implacable censor de cuanto en la América hispana ha acontecido y acontece, y son por tal manera exageradas sus imputaciones, tan despectivos sus conceptos, tan faltas de comprobación sus imputaciones rotundas en lo que á nuestra patria y á sus hombres de Estado toca, que si á todas y cada una de las ideas del señor Bunge dedicáramos especial refutación, resultaría más extenso que su obra este trabajo nuestro. Porque,—nos cansaremos de repetirlo,—radica el principal error del señor Bunge, en no establecer distinción alguna entre las diversas nacionalidades que forman el todo de eso que él llamó Nuestra América. Por eso el cuadro está ennegrecido hasta producir repugnancia y horror, por eso quien tome á lo serio el monstruo creado por la imaginación ardentísima del señor Bunge, nos creará hundidos en la degradación y el envilecimiento. Unidos en haz compacto los defectos que aquí y allí se encuentran diseminados, los crímenes del pasado y las miserias del presente; abultadas por la pasión de los escritores que, por distintas causas, anhelan presentar las cosas tales como se las imaginan, induce el libro que nos ocupa á des-

preciar, á evitar el trato de pueblos y de hombres carentes de ideales nobles, de fe, de patriotismo, de honradez.

Después de releer las furibundas diatribas del señor Bunge en el capítulo á que ahora aludimos, nos damos cuenta de la actitud de la prensa mexicana, es decir, de su silencio. El periodismo, como ahora se estila, no puede abarcar la rectificación de trabajos como el de que tratamos. Los asuntos de palpitante interés por su actualidad, no dejan tiempo para estudiar y desentrañar las complejas cuestiones que están comprendidas en un libro que en cada una de sus páginas afirma algo tan notoriamente provocativo que demanda extensa, razonada rectificación.

Nosotros mismos que no queremos ni podemos atribuir al señor Bunge propósitos de vulgar insultador, porque sabemos que en sus anteriores producciones, al referirse á su propia patria, ha revelado que si bien no sabe refrenar sus ímpetus, éstos obedecen á generosos anhelos, nosotros mismos, decimos, para no caer en el lamentable extravío de devolver injuria por injuria, á grandes rasgos y con prudencia suma, y con sereno espíritu, apuntaremos algunos, nada más que algunos, de los errores que con res-

pecto á México encontramos en el capítulo de referencia.

En una *pereza colectiva* halla el señor Bunge la clave del que cree fenómeno institucional del caciquismo hispano americano. Para él ningún Jefe de Estado ha merecido ni merece en Nuestra América sino el nombre de cacique.

Una vez arraigada en él tal convicción, agota en contra del caciquismo el inmenso arsenal de sus censuras y de su olímpico desprecio. Juvenal, el satírico celebrado siglos y siglos, Tácito, el juez de los tiranos, se quedan tamañitos junto al señor Bunge cuando éste blande su fulmínea espada para herir desde las orillas del Plata á cuantos mandatarios tienen los pueblos de igual origen al suyo propio. No hay naciones dignas de este nombre, todos son cacicazgos; no hay presidentes, todos son caciques; no hay partidos, todas son hordas; no hay dignidad, todos por perezosos son serviles.

Si de México en lo particular se trata, Juárez fué el cacique caballero (sic.). Por dicha, el mundo todo, no su patria nada más, tiene formado concepto bien distinto del gran reformador, del constante y heroico defensor de la autonomía de México, del que en medio de las tormentas más espantosas que hayan podido sacudir á ninguna de las Repúblicas del nuevo Continente,

puso muy alto el nombre de su patria y condujo á ésta á la victoria sobre el extranjero.

No, señor Bunge; Juárez no fué un cacique; altos y notabilísimos pensamientos anidaron siempre en su cerebro; grande fué siempre, siempre grande, sin esa arrogancia que usted atribuye á todos los hispano americanos.

Su inmensa obra, por la época en que la realizó, no abarcó las conquistas que después de él han sido posibles, porque él ya había creado lo que genuinamente puede y debe llamarse una nacionalidad libre y soberana. Si México debe el ser á Hidalgo, á Juárez debe el modo de ser.

Para juzgarle, ha menester usted, señor Bunge, estudiar detenida, pacientemente la historia de México que comprende los más interesantes períodos de la época contemporánea. No adopte usted, si no le place, ninguno de los calificativos honrosísimos que sabios y profundos pensadores del viejo y del nuevo mundo han asignado al ilustre indio de Guelatao; pero si es usted justo, vea en él á una de las más grandes figuras que descuellan en Nuestra América, vea en él no á uno de tantos caciques que son la obsesión de usted. De una plumada, por respetable que usted sea, no puede borrar la gloria de Juárez. Esa misma Europa que usted admira tanto y á la cual quiere que imitemos y copiemos, ve en Juá-

rez no el cacique de que usted habla, sino al verdadero representante de la democracia americana.

X.

Después de tronar contra los cacicazgos, que no se instituyen por *ideas* sino por *personas*, dice el señor Bunge que los partidos caciquistas son personales siempre, que no hay liberales, ni conservadores, ni moderados, ni librecambistas, ni demócratas, ni republicanos, sino pura y simplemente adictos al cacique imperante; que es una mera ilusión de óptica la de que los caciques hispano americanos,—léase Presidentes, pues el señor Bunge así los ha bautizado á todos.

No es, en verdad, nueva esta apreciación. En España como en México y en las demás naciones del Continente, se ha hecho hincapié en este defecto, que ha sido llamado por muchos: *el fulanismo*.

Juaristas, Lerdistas, Gonzalistas y Porfiristas, se han llamado entre nosotros los partidarios de los cuatro Presidentes que México ha tenido de 1858 á la fecha. No hay, pues, por qué negar que en lo que nos corresponde, la observación es justa. Lo que cabe, y sin empacho podemos hacerlo, es explicar la razón de ser de tal hecho.

Para ello, no necesitamos más que llamar la atención del señor Bunge hacia el magnífico estudio que sobre *el fulanismo* escribió en Enero del año que aún no termina el sabio Rector de la Universidad de Salamanca, Don Miguel de Unamuno y que la *España Moderna* publicó en el tomo correspondiente al mes de Abril de este mismo año. Debe conocer ese notabilísimo Ensayo el señor Bunge, y el autor no ha de serle por modo alguno sospechoso, toda vez que por lo avanzado de sus ideas, por su profunda instrucción y por la nobleza y sinceridad de su carácter, el señor Unamuno goza de profunda estimación entre la juventud hispano americana.

Pues bien, recordemos algunos de los conceptos del Rector salmatino, que refutan los del señor Bunge, algunos conceptos nada más, porque no nos es dado reproducir *in extenso* tan importante trabajo, como de buen grado lo haríamos.

“El pueblo está en lo seguro al tender á personalizar los ideales políticos; su propensión al fulanismo arranca de una de raíz hondamente humana; le sirven mejor las personas que no las ideas,” dice el señor Unamuno.

“Que no es esta tendencia de un solo pueblo ó unos cuantos pueblos; ni se limita á la política, se ve con sólo fijarse en que en la historia de la filosofía, de lo que se habla es de aristotelismo,

cartesianismo, cantismo, hegelianismo, etc., tanto ó más que de espiritualismo, materialismo, racionalismo, etc. El nombre de hegelianismo nos dice más que el idealismo transcendental, y el nombre de spencerismo, más que cualquiera otro que adopte Spencer para designar á su sistema. Como que un sistema filosófico vale tanto más cuanto más revela la personalidad de quien lo formuló.”

Más adelante dice:

“Una idea no es algo sustantivo y que exista por sí; supone siempre un espíritu humano que la conciba. Y cuando se intenta sustantivar las ideas, exteriorizarlas y darles valor objetivo y trascendente, como hacía Platón, se acaba por tener que buscar un espíritu trascendente en quien radiquen y que las conciba.”

“Nos son más conocidos, mucho más conocidos los hombres que las ideas, y por esto nos fiamos más en aquéllos que no en éstas.”

El señor Unamuno, con gran lucidez, expone los fundamentos de sus proposiciones, y á seguida agrega: “Con todo lo cual no quiero sino explicar el cómo las gentes proceden en la práctica de su trato con los demás, sin cuidarse apenas de las doctrinas que estos otros profesan, y *atendiéndose ante todo* y sobre todo á su conducta, tal cual de su manera de conducirse una y otra vez, en éste y en aquél caso, resulta.”

En otro lugar: "Los partidarios de la supremacía de las ideas tacharán á los que prefieren á los hombres, de que son poco capaces de comprender y apreciar aquéllas y aducirán en propia defensa que el hombre es entidad poco de fiar y cuyo perfecto conocimiento es imposible. Por mi parte, me parece más imposible aún el perfecto conocimiento del alcance y validez prácticas de una doctrina. Preveo mucho mejor lo que podría hacer en pró ó en contra de nuestra España Don Juan Fernández, que no lo que podría resultar en pró ó contra de ella, de cualquiera de las innumerables recetas que para su curación se han dado."

"Lo que se puede llamar la aristocracia del talento; la parte más elevada de entre los que piensan; los que se dan cuenta de las cosas por sí mismos y se crean sus ideas en cuanto es posible, más bien que tomarlas hechas, suelen encontrarse en multitud de cuestiones mucho más cerca del sentir y el pensar del pueblo indocto que no tiene más sabiduría que la que da la práctica de la ordinaria vida cotidiana, que no del sentir y pensar de los que vengo llamando intelectuales, de las gentes de cultura exclusivamente libresca y cuyos entendimientos son más almacenes que fábricas. Y una de las cosas en que me parece que han de coincidir la aristocracia y

la plebe de la inteligencia, frente á la clase media de ella, es en esto de *preferir los hombres á las ideas*; de estimar aquellos más seguros, más ricos y más fecundos que éstas, y en justificar el fulanismo, por lo tanto."

Como no he tratado de reproducir sino lo que pone más de resalto el pensamiento del señor Unamuno, con cuyas ideas comulgo, terminaré mis citaciones con las siguientes líneas con que él cerró su notable ensayo:

"Importa más la persona que haya de aplicar éstos ó los otros principios teóricos de política, que no los principios mismos, y que los efectos de semejante aplicación dependen de la persona que los aplique mucho más que de los principios mismos aplicados."

Pero hay todavía otra consideración que apuntar. ¿No son las ideas y principios políticos que informan los actos de los partidos, hijos del intelecto y del carácter de determinados individuos ó personalidades? Entonces por qué se encuentra digno de reprobación, que determinados individuos ó personalidades sean los que vayan á la cabeza de un pueblo ó de un partido cuando menos?

No son, pues, las declamaciones del Sr. Bunge las que pueden arrojar una mancha sobre las Repúblicas de América tan sólo porque el

fulanismo, que es hondamente humano, perdura en ellas; no se necesita ser un servil ni un idiota para llamarse juarista ó porfirista.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS XI.

Continuemos nuestras rectificaciones:

“En la política internacional el cacique criollo es manso y europeizador, pues más que ideales de nacionalidad, agitan su pequeña alma rencores de terruño. Más que un sentimiento de representación total, encarna el espíritu de su aldea. Por ello suele ser como una Maritornes, chismoso é inconstante en sus amores.”

Ignoramos si las palabras que acabamos de copiar tienen aplicación, justa y merecida á algunos de los Jefes de Estado que el señor Bunge llama sin distinción caciques; pero lo que sí podemos afirmar sin temor de ser desmentidos es que la política internacional de los gobernantes que México ha tenido desde que se hizo independiente, jamás ha sido inspirada por rencores de terruño, ni en ella ha encarnado el espíritu de aldea, y nuestros Presidentes no han sido chismosos é inconstantes en sus amores.

Si á la época actual nos concretamos, qué mentís tan rotundo podemos dar al señor Bun-

ge, con sólo decirle que cultiva México relaciones tan francas, tan amistosas, tan leales con todos los pueblos del mundo, que grandes potencias y pequeñas Repúblicas tienen acreditados aquí honorables representantes que son los primeros en reconocer la exquisita cortesía y la sinceridad con que siempre son tratados por esta nación y por su gobierno.

Pero hay más todavía. El Presidente de México, el estadista á quien el señor Bunge llama cacique, ha recibido en señal de consideración las más altas condecoraciones europeas y aun asiáticas, como cualquiera de los soberanos de las grandes naciones. Y si los pueblos cultos vieran en el General Díaz á un hombre de alma pequeña, agitada por rencores de terruño, á la Maritornes chismosa é inconstante, que con tan mal acuerdo trae á colación el escritor argentino, á buen seguro que tan señaladas muestras de estimación se le hubiesen prodigado. Es más todavía. Sepa el Sr. Bunge que las más halagadoras demostraciones de respeto que á diario recibe el General Díaz, hasta de afecto podríamos decir, parten de los extranjeros residentes en México, que le conocen, que saben avalorar su inmensa labor y que le deben sin duda alguna el poder trabajar, libres de las dificultades de antaño. Creerá el señor Bunge que es signo de degrada-

ción en los extranjeros ver en el Jefe del Estado encarnada la paz de que se disfruta y á cuya sombra prosperan aquí propios y extraños? Los hijos de pueblos bien organizados se encontrarían satisfechos y tranquilos en un cacicato?

Entre los innumerables testimonios que podríamos aducir para probar al señor Bunge que son los extranjeros los que con más interés ven la obra y reconocen los merecimientos del General Díaz, citaremos uno nada más, el más reciente.

Un distinguido diplomático europeo que representó á su soberano há pocos años en México, y que tuvo sobrados motivos para estudiar de cerca al estadista y al caballero, nos dice en carta de 27 de Octubre último:

“Mucho me interesaron las noticias que leí en los impresos que me envió usted, relativas á las fiestas en honor del General Díaz; primero por el cariño grande que á este señor profeso, y segundo, por el placer que ocasiona ver á un pueblo feliz tributando un leal y entusiasta agradecimiento á aquél á quien debe su dicha y bienestar. Es un caso hoy único y que rara vez se registra en la historia. ¡Dichosos ustedes y dichoso su Jefe!”

Este juicio sincero, espontáneo, desinteresado, expuesto confidencialmente, dice con elo-

cuencia mucho más que cuanto nosotros podríamos exponer para demostrar que, excepción hecha del autor de *Nuestra América*, nadie moteja al pueblo mexicano porque ve en el General Díaz no á uno de tanto caciques como menciona el señor Bunge, sino á un Jefe de Estado que ha sabido conquistar la gratitud de todo un pueblo.

XII.

No se detuvo allí el señor Bunge. A seguida de las líneas que acabamos de refutar, dice:

“Llamo, pues, *política criolla* á los tejes y manejes de los caciques hispano americanos entre sí y con sus hordas, cuyo objeto es siempre conservar el poder, no para conquistar los laureles de la historia, sino por el placer de mandar. Por falta de móviles elevados, la política criolla,— política interna naturalmente,— es de una fe púnica.”

La política mexicana en los días que corren, está bien lejos de poder merecer las inculpaciones que dirige el señor Bunge á la política criolla en general y con tan virulento lenguaje. La política mexicana se concreta á procurar el progreso y el engrandecimiento de esta fracción del Nuevo Mundo, abriendo sin cesar nuevas

ción en los extranjeros ver en el Jefe del Estado encarnada la paz de que se disfruta y á cuya sombra prosperan aquí propios y extraños? Los hijos de pueblos bien organizados se encontrarían satisfechos y tranquilos en un cacicato?

Entre los innumerables testimonios que podríamos aducir para probar al señor Bunge que son los extranjeros los que con más interés ven la obra y reconocen los merecimientos del General Díaz, citaremos uno nada más, el más reciente.

Un distinguido diplomático europeo que representó á su soberano há pocos años en México, y que tuvo sobrados motivos para estudiar de cerca al estadista y al caballero, nos dice en carta de 27 de Octubre último:

“Mucho me interesaron las noticias que leí en los impresos que me envió usted, relativas á las fiestas en honor del General Díaz; primero por el cariño grande que á este señor profeso, y segundo, por el placer que ocasiona ver á un pueblo feliz tributando un leal y entusiasta agradecimiento á aquél á quien debe su dicha y bienestar. Es un caso hoy único y que rara vez se registra en la historia. ¡Dichosos ustedes y dichoso su Jefe!”

Este juicio sincero, espontáneo, desinteresado, expuesto confidencialmente, dice con elo-

cuencia mucho más que cuanto nosotros podríamos exponer para demostrar que, excepción hecha del autor de *Nuestra América*, nadie moteja al pueblo mexicano porque ve en el General Díaz no á uno de tanto caciques como menciona el señor Bunge, sino á un Jefe de Estado que ha sabido conquistar la gratitud de todo un pueblo.

XII.

No se detuvo allí el señor Bunge. A seguida de las líneas que acabamos de refutar, dice:

“Llamo, pues, *política criolla* á los tejes y manejes de los caciques hispano americanos entre sí y con sus hordas, cuyo objeto es siempre conservar el poder, no para conquistar los laureles de la historia, sino por el placer de mandar. Por falta de móviles elevados, la política criolla,— política interna naturalmente,— es de una fe púnica.”

La política mexicana en los días que corren, está bien lejos de poder merecer las inculpaciones que dirige el señor Bunge á la política criolla en general y con tan virulento lenguaje. La política mexicana se concreta á procurar el progreso y el engrandecimiento de esta fracción del Nuevo Mundo, abriendo sin cesar nuevas

fuentes de riqueza, consolidando el crédito de la Nación en el extranjero, respetando todas las creencias, propugnando á toda hora por dos grandes ideales: paz y trabajo.

No se haga eco el señor Bunge de los contados escritores mexicanos que no trepidan al calumniar á los que mandan tan sólo porque ellos no han sido llamados á los primeros puestos. Las vociferaciones de la ambición desapoderada nunca han sido aceptadas como verdades indiscutibles por los escritores serios de los pueblos civilizados.

La administración pública en México no está en manos de un cacique y de una horda, y para decirlo no necesitamos pensar ni remotamente que en lo que designa el señor Bunge por *nuestra América* exista una República á la que con justicia, con pleno conocimiento de causa, pueda marcarse con tan negros y crueles estigmas. No intento presentar aquí un inventario de lo que México ha alcanzado merced á una ilustrada y enérgica administración, pues para ello tendría que escribir un libro más extenso que el del señor Bunge, y por lo mismo, pasando por alto muchas otras inexactitudes del fustigador de las Repúblicas hispano americanas, diré unas cuantas palabras sobre cuál es el origen de la actitud presente del pueblo mexicano, y por qué,

éste, satisfecho y tranquilo, vive ajeno á las perturbaciones que en no muy lejana época le empobrecieron y le desacreditaron.

Enmancipado del dominio español en 1821, el pueblo mexicano, en los tanteos por constituirse, empleó más de cuarenta años, que transcurrieron en medio de las luchas más cruentas y de los desaciertos que son inalienables á la inesperienza de todo pueblo joven. Ensayáronse todos los sistemas políticos, proclamáronse las más opuestas ideas, predominaron en períodos más ó menos cortos los caudillos que encarnaban esas ideas, y llegó México á ser considerado en el exterior como el país ingobernable por excelencia. La guerra civil con su espantable cortejo de calamidades hizo imposible el progreso, y más aún, sembró la anarquía á grado tal, que la vida misma se hacía difícil, ya no el bienestar y la prosperidad.

Como si tantos males no fueran bastantes, la República vecina del Norte, abusando de la debilidad de México empobrecido, desangrado, dividido por intestinas discordias, dió el primer paso en la senda de esa política de absorción que en nuestros días ha recibido el nombre de imperialismo, y nos despojó inicuamente de una mitad de nuestro territorio. Consumado el despojo, no sin haber sabido conducirse México hon-

rosamente al defender su suelo, — por más que lo contrario afirmen los que no sienten rubor al infamar á su patria, so capa de ser ante todo y todo verídicos y justicieros. — la dolorosa amputación no puso fin á los trastornos de nuestro enfermo organismo, y las revoluciones continuaron.

Pasaron así algunos años más, y los que anhelaban transformar la República, rompiendo por modo absoluto con el pasado, iniciaron la más grande, si no la más larga de nuestras guerras civiles. La promulgación de la Constitución de 57 primero, y la de las leyes de Reforma poco tiempo después, produjeron como era natural, por su radicalismo, hondas divisiones entre los que profesaban principios encontrados; pero al fin las nuevas ideas triunfaron, y parecía que no estaba lejano el día de la reconstrucción. No sucedió así, por desgracia, y á pretexto de velar por los intereses de sus nacionales, tres potencias europeas envolvieron de nuevo á México en los horrores de la guerra. Tras cruentos sacrificios, la República triunfó sobreponiéndose, á pesar de lo formidable que era el poder de sus enemigos, á cuantos obstáculos estorbaron su marcha al afianzamiento de su autonomía y á la preponderancia de las ideas de Libertad y de Reforma.

Entonces Juárez, el indio humilde que por sus virtudes cívicas había asombrado á dos mundos, pensó que la hora suspirada de la reconstrucción había sonado y que sin odios ni rencores podíamos entregarnos á hacer grande á la patria que había él salvado. Pero sobrevivió pocos años á su victoria, y su sucesor no supo continuar con fe y con entereza la magna obra de que era él, sin duda alguna, uno de los más ilustres autores. De ahí la última de nuestras revoluciones, la que elevó al poder, más que por la fuerza de las armas, por la general aquiescencia del país, al General Díaz.

El General Díaz, cuya popularidad emana de sus proezas como caudillo ó Jefe del Ejército de Oriente, y que cuenta entre sus más legítimas glorias la de haber competido en los comicios con Juárez en los días en que la gratitud nacional designaba á éste último para continuar rigiendo los destinos de la Nación, el General Díaz, decimos, una vez elevado al poder por el voto de sus conciudadanos, acometió la ardua empresa que ni Juárez ni Lerdo pudieron realizar. Cómo y de qué manera su energía, su constancia, sus patrióticos anhelos se han traducido en inmensos bienes para México, no cabe decirlo en los estrechos límites de esta monografía con otro fin escrita. Pero el señor Bunge, que á lo

que parece consagra su inteligencia y su tiempo al estudio, tiene á su disposición incontables documentos, y juicios de nacionales y extranjeros, para desentrañar la verdad, para compenetrarse de la importancia de la labor del General Díaz durante su larga administración.

Si á tal estudio, pesando contradictorias opiniones, aquilatando la verdad, nada más que la verdad, se dedica el señor Bunge, encontrará la clave de la prolongación del poder del General Díaz, y dejará de atribuirle á esa pereza criolla que abomina, porque la cree la causa eficiente de todos los males de nuestra América. Verá el señor Bunge, cómo no es México un cacicazgo como él supone, ni el General Díaz un cacique progresista, pero al fin cacique, ni una horda la que con él comparte las tareas administrativas.

Tiempo es ya de que cesen de divulgarse las absurdas consejas de que por medio del terror ha logrado perpetuarse en el poder el General Díaz. Los mexicanos, sépalo el señor Bunge, sin poseer la arrogancia de que les acusa, sin adolecer por atavismos de esa pereza que por donde quiera sueña ver el escritor argentino, hace á un lado teorías y ensueños y persigue noble y empeñosamente el mejor de los ideales: el progreso en la paz, la respetabilidad ante el mun-

do, por la garantía de todos los intereses legítimos.

Hartos males sufrió México por mostrarse impulsivo, indomeñable; jacobinismo, parlamentarismo, significan ya para nosotros perturbación, desorden, anarquía, pobreza, descrédito, y consiguientemente no hay mexicano, verdadera y genuinamente patriota, que no aspire á la perdurabilidad de las ideas que informan hoy el espíritu de la Nación.

No es el actual un período de rebajamiento moral, de servilismo, de vasallaje; es un período que podríamos llamar reflexivo. Y esa reflexión hija de dolorosas experiencias, de amargas desgracias, tiene por dicha hondas raíces en la conciencia nacional y hace esperar que á esta nueva etapa sigan en lo porvenir otras, más y más fructíferas en bienes para la patria.

XIII.

No satisfecho el señor Bunge con llamar cacique al General Díaz con olímpico desdén y de falsear por completo el carácter de su gobierno, va más allá: en dos líneas, sin razón ni motivo, solamente por zaherir á los mexicanos, alude á la Sra. de Díaz, cuyo nombre por todos títulos respetable no debía figurar en una sátira mor-

daz, enderezada á los hombres que en la política ó en la administración se ocupan en la América hispana.

Nos apena tratar de este punto, y nos absten-
dríamos de hacerlo, si no temiésemos que nues-
tro silencio fuese torcidamente interpretado, es
decir, que llegara á creerse, que no podemos re-
chazar victoriosamente este ataque. Y decimos
que nos apena, porque el respeto á la mujer es
uno de nuestros dogmas, y no acostumbramos
mezclar su nombre en controversias enojosas.
Así, pues, constreñidos por la necesidad, rectifi-
caremos con la mayor brevedad posible los con-
ceptos del Sr. Bunge sobre la actitud del pueblo
mexicano en presencia de la esposa del General
Díaz:

En la página 149 leemos:

“Después del boato, el homenaje. . . . En una
cartilla gramático-religioso-política de tiempos
del tirano Francia del Paraguay, leemos pre-
guntas y respuestas como las siguientes: ¿Cuál
es el mayor crimen que puede cometer un ciuda-
dano?—Murmurar contra las autoridades de su
patria.—¿Qué debe hacer un ciudadano cuando
encuentra al Presidente de la República?—Des-
cubrirse y bajar la cabeza.—¿Y si el Presidente
se detiene?—Arrodillarse.” Y DE ESTOS HOME-
NAJES PARTICIPA LA FAMILIA DEL CACIQUE, COMO

“CARMELITA,” ESPOSA DE PORFIRIO I., EL ANGEL
TUTELAR DE MEXICO”, como Doña Encarnación
de Escutra, mujer de Rosas, la “Heroína de la
Federación,” á quien se le hicieron los funera-
les más pomposos que hasta ahora registran los
anales del Río de la Plata; y á su hija Doña Ma-
nuelita pensaron seriamente algunos fieles en
declararla, por si moría su padre, heredera de
su gobierno. . . .”

Se necesita poseer la arrogancia que el señor
Bunge atribuye á la raza criolla de todas las Re-
públicas hispano americanas, para mezclar el
nombre de la esposa del Presidente de México
en la época actual, con los nombres que acaban
de leerse. Porque,—podemos decirlo muy alto,—
aparte de que es un absurdo que no tiene disculpa,
suponer, que en los albores del siglo XX, México
se encuentre como el Paraguay y la Argentina
en las lejanas épocas de Francia y de Rosas, es
inconcebible que el señor Bunge no haya procu-
rado preguntar á los distinguidos diplomáticos
argentinos que han representado á su patria en
la nuestra, si en México se tributan á la Sra. de
Díaz otros homenajes que los que todos los pue-
blos cultos rinden á la virtud, á la bondad y á
las personales dotes de una dama que siembra
el bien donde quiera, que no se mezcla para na-
da en los asuntos públicos, y que por su modes-

tia oculta su inteligencia, su ilustración y sus bondadosas acciones. Nadie, sépalo el señor Bunge, nadie en México tiene sino respeto profundo para la dama que unió su suerte á la del General Díaz cuando éste no era Presidente de la República. Si la gratitud que se desborda de corazones bien puestos, ha estallado y estalla en frases elogiosas cuando en sociedad ó en lo privado se hace alusión á las cualidades que avaloran á la Sra. de Díaz, eso no quiere decir que se vea en ella lo que en Buenos Aires se veía en la esposa y en la hija de Rosas. Carmelita la nombran sus antiguas amigas, como la nombraban cuando era muy joven, y Carmelita le llaman todos, hasta los que nunca han oído su voz, por estimación y por cariño. La ley no concede honores en nuestra República á las esposas de los presidentes, y, créanos el señor Bunge, si los hubiera acordado, la Sra. de Díaz habría, con sumo tacto, substraídose á ellos, pues una de las virtudes que más la enaltecen es la modestia. Huelga, pues, la comparación establecida en el libro *Nuestra América* y huelga por errónea y por injusta; error é injusticia que, lo repetimos, pudo haber evitado fácilmente, pues eminentes argentinos han residido en México, siquiera sea por algunos meses, durante el Gobierno del General Díaz y han sido objeto de señaladas

distinciones por parte de él y de su digna compañera, y se hallan en aptitud de decir con severa imparcialidad hasta dónde merecen ser rectificadas las ideas que el señor Bunge abriga respecto á México y á los mexicanos.

Por lo demás, no comprendemos cómo el señor Bunge, apóstol ardentísimo de la *européización* de América, haya intentado satirizar á México porque en este país se tiene en tan alta estima á una dama merecedora de universal respeto. En Francia, la esposa del Presidente de la República se ve rodeada de iguales consideraciones y únicamente los ultra radicales, los jacobinos retrasados, pretenden que el Jefe del Estado aleje de su lado á su esposa en las recepciones de los soberanos que visitan á París, acompañados de las suyas. A la Sra. de Díaz, amada y respetada por todos sus compatriotas y por cuantos extranjeros residen en México, no le ha dado nadie el título de *Angel tutelar* de la nación, ni aun los mismos á quienes ha prodigado los tesoros de su caridad; así como tampoco había sonado jamás en nuestros oídos, hasta que leímos el libro del señor Bunge, que se le rindan homenajes por ser la esposa del cacique, como sin embozo afirma el escritor argentino, que cree á nuestro país hundido en la degradación que reinara en Buenos Aires en la nefanda dictadura de Rosas.

XIV.

Llegamos por fin al capítulo de *Nuestra América* en el cual ya no tan sólo con frases vagas unas veces y con acerbidad en otras, alude el señor Bunge á la nuestra patria y á sus hijos prominentes, comprendiéndolos en el cuadro general que se propuso delinear, sino que trata directamente del Jefe Supremo de la República mexicana.

Intitúlase el capítulo, que es el final de la obra, *Porfirio Díaz, Presidente de México*, y aunque no es extenso, encierra tal cúmulo de inexactitudes históricas y biográficas, tan contradictorias apreciaciones acerca de la personalidad que intentó estudiar, que necesitaríamos llenar muchas páginas para rectificar las ideas expuestas por el Sr. Bunge y, por ende, para poner á su alcance, siquiera fuese en rápida síntesis, las noticias exactas que ha menester para juzgar con desapasionado criterio al señor General D. Porfirio Díaz.

Las páginas que consagra al dictador de su patria, Don Juan Manuel Rosas, páginas en las cuales no tenemos por qué ocuparnos, no sabemos si constituyen un juicio definitivo aceptado

sin contradicción por los argentinos que poseen todos los elementos necesarios para comprobar las afirmaciones del señor Bunge. Además, aquél personaje es ya histórico, y cabe, en vista de documentos fehacientes y de opiniones de publicistas é historiadores eximios, como los tiene sin discusión posible la República Argentina, pronunciar fallos dignos de ser tomados en cuenta por los extranjeros. Muchos años hace que desapareció de la escena del mundo, y parece que ya es tiempo de juzgarle severa pero justiciaramente. Y sin embargo, el señor Bunge confiesa que *es peligroso formar un juicio definitivo sobre Rosas*, y sólo arriba á la conclusión de que fué un neurótico. Bien poco es esto, en verdad, y contrasta con la amplitud que da á su juicio sobre el General Díaz, desconociendo el medio en que ha actuado y actúa todavía, ignorando sus hechos más culminantes, sin hojear ninguna de las numerosas biografías que de él existen, sin entrevistar á los que le han tratado, y lo que es peor, convirtiéndose, inconscientemente, en eco de vulgares deturpadores.

Nosotros, los mexicanos, sabemos bien á qué atenarnos, para recibir á precio de inventario las afirmaciones del señor Bunge, y hasta podríamos creer que son innecesarias, que salen sobrando las rectificaciones.

Empero no sucede lo mismo con los extraños, y para ellos escribimos. Y con tanta mayor razón, cuanto que comprendemos la perplejidad de los lectores del libro *Nuestra América*, en presencia de los contradictorios conceptos del autor, que del ditirambo pasa al dieterio; que en unas líneas eleva á superiores alturas al General Díaz y en otras le deprime hasta lo inconcebible, y que por manera alguna parece haber logrado compenetrarse del espíritu del pueblo mexicano; de lo que muy propiamente llama el señor Altamira: *el alma nacional*.

Seremos, á pesar de todo, breves, porque no queremos caer en repeticiones y hacernos cansados, y porque, aun teniendo la conciencia de que no rendimos vasallaje sino á la verdad y á la justicia, somos parcós en elogios al tratar de los que viven, y más parcós aún cuando se hallan en el poder.

Escritor efectista el señor Bunge, pone la siguiente introducción al capítulo de que ahora tratamos:

“Al llegar Hernán Cortés, los antiguos mexicanos creyeron que era Quetzalcoatl, el divino Mesías que há tiempo esperaban bajase del cielo á redimirlos. Equivocáronse: Quetzalcoatl vino cuatro siglos más tarde, y se llamó Porfirio Díaz. Nunca, en efecto, ni en épocas precolom-

bianas, cuando su sangre corría en los altares, ni durante el coloniaje, cuando se les cazaba como á fieras y esclavizábaseles como á bestias de carga; ni en las interminables guerras de la independencia y las civiles, cuando eran carne de cañón,—los mexicanos gozaron de mayor bienestar que después del advenimiento de Porfirio I, remoto continuador de Moctezuma.”

¡Hermoso! exclamarán los que, seducidos por la belleza oratoria, declamatoria deberíamos decir, no reflexionan, ni pesan, ni miden, para dar á las palabras su justo valor. ¡Hermoso! decimos nosotros también, pero haciendo al propio tiempo observar que el General Díaz no es el remoto *continuador* del más apocado, del más supersticioso de los antiguos mexicanos, sino que por el contrario, es por su energía, por su voluntad inquebrantable, por su patriotismo, el continuador de Juárez, de quien fué uno de los grandes capitanes en las luchas por la libertad y la autonomía de México. Moctezuma coadyuvó á la obra del Conquistador, sin darse de ello cuenta, mientras que Juárez hizo imposible el triunfo de los extranjeros, secundado por ilustres caudillos republicanos, entre los cuales figuraba en primer término el General Díaz. Y una vez que éste asumió la dirección de la República, tornóse en el *continuador* de la obra de Juárez. Existía la pa-

tria, se había dado las instituciones que le convenían, y podía ya restañar las heridas que guerras largas y cruentas le habían causado, y consagrarse á la noble, á la grandiosa obra del progreso. Encauzar, dirigir las corrientes de la predominante aspiración de la República entera, reprimir los ímpetus de los que aún querían trastornar el orden, respetar las creencias de todos como el que es verdaderamente liberal las respeta, esta ha sido la obra magna, sí; magna, pero factible, dadas las aspiraciones de los hombres de orden, de los que no ambicionan más sino que se les deje trabajar para hacer grande á la patria por medio del trabajo.

Las instituciones y la autonomía de Méjico estaban ya aseguradas. No tenían, pues, razón de ser la lucha y las divisiones de la familia mexicana.

Por otra parte, la civilización, aunque no tenía aquí un emporio, aunque estaba derramando lentamente sus rayos iluminadores, se había ya extendido lo bastante para que no hubiese necesidad de un creador, sino de un continuador. El General Díaz pudo encontrar y encontró espíritus turbulentos que apaciguar, ambiciones desapoderadas que reducir á su justo límite, pero no hordas indomables por otro medio que no fuese el terror. Por esto, precisamente por esto,

es grande y es legítima su gloria. Domeñar á un pueblo hundido en la barbarie, que espera un Mesías, lo consiguen los caracteres férreos, los que impasibles ante los ayes de sus víctimas, las ahogan en sangre. Conducir á un pueblo á la prosperidad y al bienestar sólo pueden alcanzarlo los estadistas, los hijos de la civilización, los que con tacto, con habilidad suma, convierten hasta á sus propios enemigos en colaboradores de su obra, porque ésta es patriótica, porque no se endereza sino al bien. Desgraciado anduvo, pues, el señor Bunge en calificar al General Díaz como continuador de Moctezuma. Continuar, en este sentido, equivale á decir que la raza criolla, en México, no sólo no ha caminado segura, aunque lentamente á su perfeccionamiento moral, sino que ha retrogradado cuatro siglos.

No nos detendremos en rectificar cada uno de los errores que en punto á la biografía del General Díaz encontramos en el libro del señor Bunge; nos fijaremos en los que son de alguna importancia.

Como General en Jefe del Ejército de Oriente, no tuvo á su mando, como cree el señor Bunge, tropas mal unidas y peor disciplinadas, compuestas de indios *cobardes* y analfabetas. Esa nota infamante, por manera alguna la merece un ejército que tantos días de gloria dió á la pa-

tria, y que llena con sus hechos heroicos muchas de las páginas más brillantes de nuestra historia. La rechazamos, por lo mismo, con toda la energía de que somos capaces, á pesar de que el mismo señor Bunge nos ahorra todo esfuerzo al llamar epopeya la no interrumpida serie de triunfos rápidos y decisivos, como los de Miahuatlán, la Carbonera, el asedio de México. Si el Ejército de Oriente hubiese estado compuesto de indios cobardes no serían una epopeya sus marchas victoriosas.

Y pues entre los triunfos de ese Ejército cuenta el señor Bunge el asedio de México, es decir, de la metrópoli mexicana, y pues confiesa que el General Díaz después de rendir cuentas y entregar al tesoro 140,000 pesos recaudados por él, *sobran*te que causó asombro, pues los gastos habían sido enormes con relación á los recursos, permítanos que á las noticias que posee agreguemos la de que una de las más legítimas glorias del General Díaz la hacemos consistir, nosotros los que nos fijamos no solamente en los lauros de la guerra, sino en la nobleza y en la generosidad de los caudillos, la hacemos consistir en que merced á él y á que no mandaba tropas mal unidas y peor disciplinadas, en la ocupación de la ciudad de México, último baluarte del Imperio, ahorró no solamente la sangre de su pro-

pio ejército y la de los defensores de la Capital, sino que evitó desgracias que habrían llenado de luto y de horror á la nación entera. Piense el señor Bunge en lo que un ejército ebrio por la victoria habría podido hacer al considerarse dueño de la vida y de la hacienda de los que le habían hecho arrostrar durante años y años los mayores sacrificios.

La toma de México por otro Ejército y por otro Jefe, habría dado lugar á las más horrosas, á las más sangrientas represalias, y lejos de suceder tal cosa, enalteció al generoso vencedor y le conquistó la admiración y la gratitud de los vencidos.

Parodia de elecciones populares llama el señor Bunge á las que se verificaron después del triunfo de la revolución antilerdista. Mal se compadece esta opinión con la que había expresado algunas páginas antes, en las que nos dijo que los triunfos del General Díaz habían bastado "para que la imaginación de un pueblo semi asiático lo supusiera un héroe legendario y misterioso." Confiese, pues, el señor Bunge, que el caudillo triunfador en cien combates no necesitaba que se hiciesen parodias de elecciones para elevarlo á la categoría de presidente constitucional. El General Díaz era,—lo asien-

ta el señor Bunge en la página 226,—el caudillo nacional.

Más injusto,—por peor informado tal vez,—se nos presenta el escritor argentino, cuando al querer dar noticias detalladas sobre el origen de la exaltación del General Díaz al poder, dice que después de haber sido patriota y liberal con Juárez y Lerdo, “en cuanto los conservadores le hacen (á Lerdo) una revolución, *Díaz, el ex-liberal* se pone en movimiento, la dirige, y derrota al legítimo presidente para sucederle.”

Falso es esto, inconcebiblemente falso; no hay en ninguno de los libros que se han escrito, ni aun en los periódicos que más encarnizadamente han combatido al General Díaz,—que son los que pudieran haber servido al señor Bunge como fuentes de información,—el menor indicio, la alusión más vaga, de que fueron los conservadores los que se alzaron en armas en 1876, y mucho menos de que el General Díaz los dirigió y encabezó, hasta derrocar al señor Lerdo de Tejada.

De todas las acusaciones del señor Bunge, ninguna ha de haber herido más hondamente al General Díaz, como la que envuelven estas tres palabras: *el ex-liberal*. ¡Llamarle tráfuga de su partido, á él, que tantos y tan costosos sacrificios ha hecho desde su juventud por la Libertad y por la Reforma, es el mayor de los dislates!

Cualquiera otro que no fuese el señor Bunge, se habría detenido allí. ¿A qué continuar mezclando elogios y dicterios, si la nota infamante de tráfuga estaba ya lanzada?

Pero no sucedió así. Escribe unas cuantas líneas más, y á seguida dice: “Y gobierna con un poder absoluto, más absoluto que el de cualquier soberano de Europa. Como todo cacique, ha consolidado su poder por el terror: expatria á los opositores, amordaza la imprenta, y nombra directamente á los miembros del Congreso. Un ejemplar curioso de su despotismo está en lo que se llama la “Ley fuga,” siempre vigente, que consiste en el derecho que se atribuye á las autoridades gubernativas de *matar* en el mismo acto de aprehenderlo, al acusado que se resiste. ¡Nada más expeditivo!”

Lo que es más expedito, es calumniar, como el señor Bunge lo hace. Y para que se le sorprenda en flagrante delito, no serán conceptos nuestros los que le desmientan, sino los de un diario mexicano que con ardor, con vehemencia, ha censurado durante años y años la política liberal del General Díaz; pero que honrado y digno, á visera levantada, ha salido ahora á su defensa, publicando un artículo intitulado *Aclaraciones relativas al Sr. Gral. D. Porfirio Díaz*, con motivo del libro del Sr. Bunge. Nos referimos á

El Tiempo, único diario que no ha querido dejar sin refutación las afirmaciones del escritor sud-americano, como se ve por el siguiente pasaje:

“Confiábamos en que la prensa gobiernista, que blasona de adhesión al General Díaz y de celo patriótico, oportunamente hubiese hecho las conducentes rectificaciones que el caso demandaba; pero es el caso que han transcurrido meses y meses después de la publicación del libro de Bunge, sin que ni uno solo de los periódicos que se dicen porfiristas haya parado mientes en las falsedades asentadas, dejando pasar los errores ó especies calumniosas del referido escritor sud-americano relativas á Méjico.

“En vista de este absoluto silencio de los periódicos aludidos, vamos nosotros, que no alardeamos de gobiernistas, á hacer las rectificaciones que juzgamos convenientes para el buen nombre de nuestro país.”

Pues bien, hé aquí lo que *El Tiempo* dice para refutar las absurdas consejas sobre el reinado del terror y sobre la ley-fuga:

“A vueltas de reconocer en el General Díaz uno de los más grandes estadistas del siglo XIX, asienta el biógrafo sudamericano que nuestro Presidente ha consolidado su Poder infundiendo el terror por medio de la ley fuga. A este

aserto hay que contestar que la tal ley fuga ha sido creación de la fantasía de la Prensa opositorista; y en cuanto á ese supuesto sistema terrorista de Gobierno, mal pudo haberlo adoptado el General Díaz cuando él, mejor que nadie, por el conocimiento que tiene del país y de su historia, sabe que el abuso de autoridad ha cultivado siempre las revoluciones en el espíritu levantado de los mejicanos; en confirmación de lo cual podrían citarse, entre otros ejemplos, la huída de Santa Ana al extranjero cuando contaba con un ejército de cuarenta mil hombres, por efecto de la Corte Marcial, y la ruina de Maximiliano después del terrorista decreto de 3 de Octubre.

“Nosotros diríamos que el General Díaz ha consolidado el poder por medio de la buena administración de los intereses públicos. Esto, nadie que sea de buena de fe, puede negarlo.”

¿Piensa el lector que ya quedó agotado el vocabulario del señor Bunge y que no tendrá nuevas frases despectivas al referirse al Jefe de la nación Mexicana?

Pues se equivoca. Necesitaba algo más y le llama *farsante de la democracia, cacique disfrazado de Presidente*.

No importa que como paliativo agregue el señor Bunge: “Porfirio Díaz es uno de los más

grandes estadistas del siglo XIX. Gobierna á Méjico como Méjico debe ser gobernado.”

Si esta última frase repetida tantas veces por grandes sociólogos y profundos pensadores, de aquellos que no se conforman con afirmar, sino que demuestran y prueban las verdades que proclaman, en hora buena que el señor Bunge la estampara, pero como once líneas después, llama á Juárez *el buen mestizo*, le negamos el derecho de juzgarnos, y le creemos inhábil para abrazar en elevada síntesis los múltiples aspectos que ofrecen la vida y la obra del General Díaz, que no es ni tráfuga del partido liberal, ni cacique, ni gobernante por el terror, ni farsante de la democracia. Y lo decimos muy alto: en la gloria personalísima del General Díaz está reflejada la gloria de los mexicanos todos. Porque ni la energía incomparable, ni la firmeza para llevar á término sus planes y desarrollar su política, ni el haber puesto fin á las disenciones de la gran familia liberal, ni el haber, llegado el momento oportuno, hecho observar en su verdadero espíritu liberal, las leyes expedidas en momentos de lucha y de pasión, ni el haber colocado en tan elevado sitio el nombre de la patria, ni las múltiples manifestaciones del progreso al amparo de la paz, nada, decimos, está desprendido, desligado del pueblo mexicano. Sin su adhesión sin

límites, el General Díaz, grande estadista, como es, no habría realizado su obra. Ha ido al frente de los destinos de México, porque se había de antemano hecho digno del respeto, de la estimación, de la gratitud del pueblo mexicano, que á pesar de ser *el más indígena* de los del Nuevo Mundo, como dice el señor Bunge, y en esto no se equivoca, no es el que más apremiantemente necesita *uropeizarse*, pues no es una horda, sino una nación. El General Díaz, pues, es un gran ciudadano, y lo es no porque sus conciudadanos sean míseros y degradados ilotas. Si los mexicanos fueran lo que sin razón ni motivo supone el señor Bunge, el General Díaz sería simplemente el tuerto, nacido en la tierra de los ciegos, y bien mezquina sería entonces su gloria.

XV.

Como para el señor Bunge nada significa, á lo que parece, el contradecirse, y tan pronto fustiga como enaltece á aquél de quien se sirve para elaborar grandes frases, hé aquí que en la página 229 escribe:

“¡Merece el respeto de la Historia! Los yanquis le han honrado en todas formas porque era un vecino cómodo. Preguntad empero á un yan-

grandes estadistas del siglo XIX. Gobierna á Méjico como Méjico debe ser gobernado.”

Si esta última frase repetida tantas veces por grandes sociólogos y profundos pensadores, de aquellos que no se conforman con afirmar, sino que demuestran y prueban las verdades que proclaman, en hora buena que el señor Bunge la estampara, pero como once líneas después, llama á Juárez *el buen mestizo*, le negamos el derecho de juzgarnos, y le creemos inhábil para abrazar en elevada síntesis los múltiples aspectos que ofrecen la vida y la obra del General Díaz, que no es ni tráfuga del partido liberal, ni cacique, ni gobernante por el terror, ni farsante de la democracia. Y lo decimos muy alto: en la gloria personalísima del General Díaz está reflejada la gloria de los mexicanos todos. Porque ni la energía incomparable, ni la firmeza para llevar á término sus planes y desarrollar su política, ni el haber puesto fin á las disenciones de la gran familia liberal, ni el haber, llegado el momento oportuno, hecho observar en su verdadero espíritu liberal, las leyes expedidas en momentos de lucha y de pasión, ni el haber colocado en tan elevado sitio el nombre de la patria, ni las múltiples manifestaciones del progreso al amparo de la paz, nada, decimos, está desprendido, desligado del pueblo mexicano. Sin su adhesión sin

límites, el General Díaz, grande estadista, como es, no habría realizado su obra. Ha ido al frente de los destinos de México, porque se había de antemano hecho digno del respeto, de la estimación, de la gratitud del pueblo mexicano, que á pesar de ser *el más indígena* de los del Nuevo Mundo, como dice el señor Bunge, y en esto no se equivoca, no es el que más apremiantemente necesita *uropeizarse*, pues no es una horda, sino una nación. El General Díaz, pues, es un gran ciudadano, y lo es no porque sus conciudadanos sean míseros y degradados ilotas. Si los mexicanos fueran lo que sin razón ni motivo supone el señor Bunge, el General Díaz sería simplemente el tuerto, nacido en la tierra de los ciegos, y bien mezquina sería entonces su gloria.

XV.

Como para el señor Bunge nada significa, á lo que parece, el contradecirse, y tan pronto fustiga como enaltece á aquél de quien se sirve para elaborar grandes frases, hé aquí que en la página 229 escribe:

“¡Merece el respeto de la Historia! Los yanquis le han honrado en todas formas porque era un vecino cómodo. Preguntad empero á un yan-

quién le parecería ese hombre si fuese su compatriota, para Presidente de los Estados Unidos, y os mirará asombrado de que pueda hacerse suposición tan absurda, rascándose las orejas, como si le propusierais cambiar á MacKinley por Menelick. . . . Tiene razón: Norte América es una nación europea.”

Por grande, por inmensa que sea la admiración del señor Bunge por Norte América, no ha revelado al fraguar la *suposición* que acabamos de citar, el menor acierto. Porque aparte de que al hombre que merece el respeto de la Historia —según lo confiesa el mismo señor Bunge,— no se le puede considerar indigno de gobernar á un granpueblo, “esas mismas dotes de gran estadista que le reconoce á nuestro Presidente, harían, seguramente, á éste, aplicar diverso sistema de gobierno en cada caso conforme con las diversas circunstancias y necesidades que se ofreciesen en cada uno de esos países, y que bien podía ser un Washington ó un Lincoln en los Estados Unidos quien fué un Porfirio Díaz en México”, según la justiciera apreciación del *Tiempo* en el artículo que dedicó á refutar al señor Bunge. Y observe este publicista que las palabras que acabamos de citar, pertenecen á un diario que no tiene la menor liga con el General Díaz; de quien si es verdad nada tiene que temer, tampoco tie-

ne nada que esperar. Por último, si el actual Presidente de México merece el respeto de la Historia, no comprendemos por qué no merezca el del señor Bunge.

XVI.

Cansóse al fin el señor Bunge. El ditirambo de Tolstoi, que no sólo cita, sino que en parte reproduce, parece que calmó sus ardorosos ímpetus, y se detuvo y encontró palabras menos ásperas, menos rudas, para sellar su obra. “La gloria del estadista (nótese que ya no llama cacique al Jefe de nuestra República), es haber arrojado su sombra sobre un suelo fecundo y regado de sangre. “Poca política y mucha administración” este ha sido su lema. Lema de hierro cuando lo emite un déspota que por mantenerse en el poder, por la pasividad del pueblo (otra vez la pasividad), no necesita hacer política! En otros caciques, en pueblos menos resignados, más europeos, tal lema hubiera sido, por la fuerza de la oposición, una nueva farsa de los czares.... Pero sobre todas las condiciones de Díaz, hay un hecho, un solo hecho, que bastaría para atraerle el respeto de todos los que saben leer en el corazón de los hombres.

...Y este hecho indiscutible, categórico, imperdecero es, que habiendo subido á la cúspide más elevada, ha contemplado desde allí, largamente, el mundo extendido á su pies; y no ha sufrido el vértigo de las alturas, que hace rodar á los tiranos ante la historia inexorable, hasta el lodo de donde surgieron! Por haber resistido al Tentador, en las soledades de tan eminente cumbre, debe tener el corazón de un héroe.”

Con efecto; nada prueba tan elocuentemente la grandeza de alma del General Díaz, su superioridad, como no haberse envanecido de sus triunfos como caudillo de la Libertad, y del universal aplauso con que su obra de estadista ha sido recibida. Y sabe el señor Bunge por qué ha vencido el General Díaz al Tentador? ¿Sabe por qué no ha abusado de su poder omnímodo, aceptado por sus conciudadanos todos? Pues por esta verdad, bien sencilla: porque no nació cacique, sino estadista ó héroe; porque con admirable buen sentido conoció á su pueblo y no le tiranizó, sino que se dedicó á realizar todas las aspiraciones legítimas.

Y no necesitaba, en verdad, el señor Bunge, incurrir en el último de sus errores al decir que subió de lo más bajo á lo más alto el General Díaz. Lo más bajo es la escoria de las sociedades, y no surgió de la escoria el caudillo repu-

blicano. Humilde, modesta fué su cuna, es cierto, pero limpia, honrada. Su vocación á la abogacía le habría llevado á altos destinos; pero eran muy pobres sus padres y quien pudo entre los miembros de su familia ayudarle,—el Obispo de Oaxaca, su tío,—retiróle su protección porque á toda costa quería hacer de él un hombre de iglesia, un sacerdote, y á ello no accedió el joven estudiante.

XVII.

Dos palabras para terminar:

Obedecen las rectificaciones que preceden, no á la vanidosa pretensión de presentarnos ante los que hubiesen leído el libro del señor Bunge, como atletas esforzados, dignos de contender con él, sino al legítimo deseo de no dejar que pasasen sin contradicción los errores que, respecto á nuestra patria y á su Jefe Supremo, encontramos en el libro *Nuestra América* y que, por causas que ignoramos, vió con indiferencia la prensa nacional.

Motivos que no son del caso referir, y que citados en este lugar parecerían encaminados á prevenir los justos cargos que pudieran dirigírsenos en virtud de las deficiencias de nuestro estudio, nos han obligado á no explanar nuestras

ideas como en otras circunstancias habríamos procurado hacerlo. Débil es, pues, nuestra defensa, comparada con la rudeza de las acusaciones que la motivaron; pálida y fría junto á las brillantes y ardorosas frases del incisivo escritor sud-americano; más con esto y todo, tenemos la conciencia de haber cumplido con nuestro deber.

Coyoacán, Diciembre 3 de 1903.

Francisco Sosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EC
S